



EL MATADERO DE ECHEVERRÍA

Intervenido por
Romina Colussi y Paula Labeur

PAULA LABEUR

y **ROMINA COLUSSI** son profesoras y licenciadas en Letras por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Compilaron en colaboración los libros *Uno que dé miedo. El género de terror en la escuela* y *Leer con la ESI. La enseñanza de la literatura en debate* (Ediciones El Hacedor). Paula Labeur es autora de *Dar para leer. El problema de la selección de textos en la enseñanza de la lengua y la literatura* y de una versión intervenida de *Edipo rey* de Sófocles, ambos editados por UNIPE: Editorial Universitaria. Romina Colussi publicó en este mismo sello *La marca Grafein en los talleres de escritura*, en colaboración con Alcira Bas.



EL MATADERO DE ECHEVERRÍA

Intervenido por
Romina Colussi y Paula Labeur

EL MATADERO DE ECHEVERRÍA

Intervenido por
Romina Colussi y Paula Labeur



Echeverría, Esteban

El matadero de Echeverría: intervenido por Paula Labeur y Romina Colussi / Esteban Echeverría; Compilación de Paula Labeur; Romina Colussi; Editado por Juan Manuel Bordón. 1a ed volumen combinado. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: UNIPE: Editorial Universitaria, 2024.
Libro digital, PDF - (Intervenciones / Labeur, Paula; 2)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-3805-94-3

1. Literatura Argentina. 2. Promoción de la Lectura. 3. Narrativa Argentina. I. Labeur, Paula, comp. II. Colussi, Romina , comp. III. Bordón, Juan Manuel, ed. IV. Título.
CDD A860

UNIPE: UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

Carlos G.A. Rodríguez

Rector

Ana Pereyra

Vicerrectora

Adrián Cannellotto

Secretario de Investigación y Posgrado

UNIPE: EDITORIAL UNIVERSITARIA

María Teresa D'Meza Pérez

Directora editorial

Juan Manuel Bordón

Edición y corrección

María Heinberg

Maqueta de colección y diseño

COLECCIÓN INTERVENCIONES

Paula Labeur

Directora de colección

El matadero de Echeverría

Intervenido por Romina Colussi y Paula Labeur

© De la presente edición, UNIPE: Editorial Universitaria, 2024

Piedras 1080 – (C1070AAV)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

www.unipe.edu.ar

Contacto: editorial.universitaria@unipe.edu.ar

© De la traducción del fragmento de *1984*, de George Orwell:

cortesía de Lorena Healy

Editado en Argentina - 1ª edición, digital, diciembre de 2024

Se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento o la transmisión de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, siempre que no se modifique el contenido de los textos, no se explote comercialmente y se mencione su crédito bibliográfico: Colussi, Romina y Labeur, Paula (intervención y compilación), *El matadero de Echeverría. Intervenido por Romina Colussi y Paula Labeur*, Buenos Aires, UNIPE: Editorial Universitaria, 2024.

PRESENTACIÓN

Intervenciones es una colección de clásicos, aquellos textos que siguen siendo leídos por nuestra cultura, que siguen aportando a nuestros modos de ver el mundo, que siguen produciendo escrituras.

En *Intervenciones*, el clásico funciona como una trama en la que se tejen otros textos que podrían venir a nuestra mente cuando levantamos la vista de la lectura, cuando la lectura del clásico nos devuelve a nuestro mundo, un mundo ahora intervenido por *El matadero* de Esteban Echeverría.

El conflicto, como tema central, es el eje que convoca las intervenciones y orienta la lectura de *El matadero*. Las intervenciones –que se distinguen gráficamente por su fondo gris– proponen una lectura con cortes, pero no fragmentaria del clásico, ya que este aparece en su versión íntegra. Estas intervenciones abren *El matadero* al mundo contemporáneo, lo recolocan desde un prisma nuevo que lo pone a dialogar con otros textos de la cultura.

A lo largo de *El matadero* también aparecen consignas como pretextos para producir escrituras. Estos incitan, desafían, provocan, tientan a escribir los textos que «faltan»: aquellos escritos por el lector que se sumarían a la colección

de textos que componen *El matadero de Echeverría* de la colección *Intervenciones*.

Estas consignas de escritura quieren aguijonear a cualquier lector a escribir. A aquel lector que recuerda *El matadero*, a aquel que lo tiene como libro de cabecera o a aquel curioso de saber qué tienen para decirle los clásicos, esos libros «Leídos Hace Tanto Tiempo Que Sería Hora De Releerlos» o esos «Libros Que Has Fingido Siempre Haber Leído Mientras Que Ya Sería Hora De Que Te Decidieses A Leerlos De Veras», según las categorías inventadas por Italo Calvino cuando sigue a su Lector por los laberínticos anaqueles de una librería en la que podría encontrarse con un volumen de *Intervenciones* como el que ahora usted tiene en sus manos.

El lector también puede encontrar este volumen en la escuela, en las horas de Lengua y Literatura. Allí los pretextos no le proponen investigar, ni «hacer» nada por fuera de la escritura/lectura; no requieren de explicaciones docentes acerca de diversos saberes disciplinares previos. Aceptar el desafío o el convite de cada pretexto es zambullirse, desde *El matadero* y las intervenciones, en una situación de escritura que habilita a aprender acerca del texto, la escritura y la literatura. El clásico se lee y escribe con otros, docentes y compañeros que renuevan, otra vez, la presencia de *El matadero* de Esteban Echeverría en la cotidianidad de la vida.

EL MATADERO DE ECHEVERRÍA

INTERVENIDO POR ROMINA COLUSSI
Y PAULA LABEUR

A pesar de que la mía es historia, no la empezaré por el arca de Noé y la genealogía de sus ascendientes como acostumbraban hacerlo los antiguos historiadores españoles de América, que deben ser nuestros prototipos. Tengo muchas razones para no seguir ese ejemplo, las que callo por no ser difuso. Diré solamente que los sucesos de mi narración pasaban por los años de Cristo de 183... Estábamos, a más, en cuaresma, época en que escasea la carne en Buenos Aires, porque la Iglesia, adoptando el precepto de Epitecto, *sustine, abstine* (sufre, abstente), ordena vigilia y abstinencia a los estómagos de los fieles, a causa de que la carne es pecaminosa, y, como dice el proverbio, busca a la carne. Y como la Iglesia tiene *ab initio* y por delegación directa de Dios el imperio inmaterial sobre las conciencias y estómagos, que en manera alguna pertenecen al individuo, nada más justo y racional que vede lo malo.

Los abastecedores, por otra parte, buenos federales, y por lo mismo buenos católicos, sabiendo que el pueblo de Buenos Aires atesora una docilidad singular para someterse a toda especie de mandamiento, solo traen en días cuaresmales al matadero los novillos necesarios para el sustento de los niños y de los enfermos dispensados de la abstinencia por la bula, y no con el ánimo de que se harten algunos herejotes, que no faltan, dispuestos siempre a violar los mandamientos carnificinos de la Iglesia, y a contaminar la sociedad con el mal ejemplo.

Sucedió, pues, en aquel tiempo, una lluvia muy copiosa. Los caminos se anegaron; los pantanos se pusieron a nado y las calles de entrada y salida a la ciudad rebosaban en acuoso barro. Una tremenda avenida se precipitó de repente por

el Riachuelo de Barracas, y extendió majestuosamente sus turbias aguas hasta el pie de las barrancas del Alto. El Plata, creciendo embravecido, empujó esas aguas que venían buscando su cauce y las hizo correr hinchadas por sobre campos, terraplenes, arboledas, caseríos, y extenderse como un lago inmenso por todas las bajas tierras. La ciudad circunvalada del norte al este por una cintura de agua y barro, y al sur por un piélago blanquecino en cuya superficie flotaban a la ventura algunos barquichuelos y negreaban las chimeneas y las copas de los árboles, echaba desde sus torres y barrancas atónitas miradas al horizonte como implorando la misericordia del Altísimo. Parecía el amago de un nuevo diluvio. Los beatos y beatas gimoteaban haciendo novenarios y continuas plegarias. Los predicadores atronaban el templo y hacían crujir el púlpito a puñetazos. «Es el día del juicio –decían–, el fin del mundo está por venir. La cólera divina rebosando se derrama en inundación. ¡Ay de vosotros, pecadores! ¡Ay de vosotros, unitarios impíos que os mofáis de la Iglesia, de los santos, y no escucháis con veneración la palabra de los ungidos del Señor! ¡Ay de vosotros si no imploráis misericordia al pie de los altares! Llegará la hora tremenda del vano crujir de dientes y de las frenéticas imprecaciones. Vuestra impiedad, vuestras herejías, vuestras blasfemias, vuestros crímenes horrendos han traído sobre nuestra tierra las plagas del Señor. La justicia del Dios de la Federación os declarará malditos.»

Las pobres mujeres salían sin aliento, anonadadas del templo, echando, como era natural, la culpa de aquella calamidad a los unitarios.

Conflicto robot

Los manifiestos robots, piezas sonoras realizadas por la escritora Belén Gache, son una serie de poemas aleatorios contruidos a partir de estructuras verbales fijas correspondientes al género del discurso político y están concebidos para ser declamados por máquinas. Fueron presentados originalmente en la Séptima Bienal de Arte de Porto Alegre (2009) y utilizan el sistema *IP Poetry*, desarrollado por el artista Gustavo Romano en 2004. El proyecto *IP Poetry* se basa en la generación de poesía a partir de la búsqueda en tiempo real de material textual en la web. Robots conectados a internet convierten los textos encontrados en sonidos....

Elija un conflicto que resulte de su interés.

Googlee ese conflicto.

Copie concienzudamente los títulos de las diez primeras entradas que le ofrece el buscador.

Hágaselos leer a un robot, es decir a esos programas informáticos que leen en voz alta un texto.

Dispóngase a escuchar poéticamente el resultado.

Continuaba, sin embargo, lloviendo a cántaros, y la inundación crecía, acreditando el pronóstico de los predicadores. Las campanas comenzaron a tocar rogativas por orden del muy católico Restaurador, quien parece no las tenía todas consigo. Los libertinos, los incrédulos, es decir, los unitarios, empezaron a amedrentarse al ver tanta cara compungida, oír tanta batahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la población descalza y a cráneo descubierto, acompañando al Altísimo, llevado bajo palio por el obispo, hasta la barranca de Balcarce, donde millares de voces, conjurando al demonio unitario de la inundación, debían implorar la misericordia divina.

Feliz o, mejor, desgraciadamente, pues la cosa habría sido de verse, no tuvo efecto la ceremonia, porque bajando el Plata, la inundación se fue poco a poco escurriendo en su inmenso lecho sin necesidad de conjuro ni plegarias.

Lo que hace principalmente a mi historia es que por causa de la inundación estuvo quince días el matadero de la Convalecencia sin ver una sola cabeza vacuna, y que en uno o dos, todos los bueyes de quinteros y *aguateros* se consumieron en el abasto de la ciudad. Los pobres niños y enfermos se alimentaban con huevos y gallinas, y los gringos y herejotes bramaban por el *beefsteak* y el asado. La abstinencia de carne era general en el pueblo que nunca se hizo más digno de la bendición de la Iglesia, y así fue que llovieron sobre él millones y millones de indulgencias plenarias. Las gallinas se pusieron a 6 pesos y los huevos a 4 reales, y el pescado carísimo. No hubo en aquellos días cuaresmales promiscuaciones ni excesos de gula; pero en cambio se fueron derecho al cielo innumerables ánimas y acontecieron cosas que parecen soñadas.

Coronavirus e hipertelevisión

Los editores de la revista *Gente* lo tienen estudiado: ciertos personajes –Guillermo Vilas, Araceli González, más cerca en el tiempo Pampita– venden más ejemplares, fenómeno que no necesariamente se correlaciona con el *rating* o la audiencia del cine o del teatro. Del mismo modo, cualquier programador de televisión sabe que dirigentes como Fernando Iglesias, Luis D’Elía o Guillermo Moreno atraen a la audiencia: podrán no obtener muchos votos pero generan *rating*.

Son los protagonistas de la «hipertelevisión», según las investigaciones de Francesco Casetti y Roger Odin, un nuevo estilo de televisión que consiste en la hibridación de los formatos y la exacerbación de los tonos. La hipertelevisión diluye las fronteras entre los géneros (qué es ficción y qué realidad) y sube siempre el volumen (el grito, el urgente, el alerta como herramienta de *rating*). Al mismo tiempo que –y como resultado de– la caída general de la audiencia, la televisión se ve obligada a sobreactuar casi en una parodia de sí misma, en un flujo que es alimentado por las redes sociales y cuyo resultado es un tránsito que, al revés que los ríos, parece diferente pero es siempre el mismo.

Tres registros prevalecen.

El primero es la indignación. Más una gramática que una semántica, la indignación es parte de la tendencia a la polarización social, un fenómeno global consistente con la consolidación de minorías intensas en un marco de creciente intolerancia y rechazo al otro. Según datos de Gallup y el Centro de Investigación Pew citados por Jonathan Haidt en *La era de la indignación*, desde hace al menos una década viene aumentando el porcentaje de estadounidenses que responden afirmativamente cuando se les pregunta si les molestaría que su hijo se casara con un demócrata (a los republicanos) o con un republicano (a los demócratas),

o que sostienen que no podrían ser amigos de una persona que profese una religión diferente a la suya.

El efecto de la indignación es contradictorio. Si por un lado moviliza y puede funcionar como un estímulo para la activación de las energías colectivas y el cambio social, como los españoles del 2011 (autodenominados precisamente «indignados»), por otro lado obtura la capacidad de razonar; es, por su propia naturaleza, irreflexiva, y su transformación en un recurso democrático no es sencilla ni lineal, como demuestra la deriva más bien decepcionante de Podemos, el dispositivo político surgido a partir de la indignación española.

El segundo registro dominante de la hipertelevisión es la denuncia. Aunque al menos desde el Watergate el periodismo de investigación desempeña un rol crucial en la construcción de democracias más transparentes y sólidas, la denuncia opera hoy, salvo contadísimas excepciones, como una reafirmación de certezas previas, como una dimensión más del sesgo de confirmación de las redes sociales, antes que como un método de búsqueda de la verdad. Bajo el manto oscuro de la sospecha se crean comunidades de sentido progresivamente alejadas entre sí, mundos que no se hablan.

El tercer registro es el contrapunto. Si la indignación cancela la reflexión (en lugar de estimular la acción) y la denuncia confirma lo que ya sabíamos (en lugar de develar lo que está oculto), el contrapunto se aleja de su objetivo original de lograr una síntesis para limitarse a ofrecer una serie de opiniones que transcurren en paralelo. Imposible, bajo esas circunstancias, obtener alguna conclusión, alguna enseñanza superadora. La hipertelevisión adopta el método de los dibujantes de caricaturas, en el sentido de la exageración de uno o dos rasgos idiosincráticos de cada personaje: el narigón tiene la nariz enorme y el petiso es enano. El resultado del contrapunto hipertelevisivo es un

panel al estilo *Intratables*, donde el antiperonista es más gorila que Alsogaray, el sobrio y bien informado solo sabe tirar datos, y el kirchnerista permanece seteadado en el conflicto del campo del 2008.

Por supuesto, los tres registros se retroalimentan: la indignación se nutre de la denuncia que a su vez sostiene al contrapunto, dando forma a un círculo infernal que tranquiliza pero adormece.

La crisis del coronavirus se inserta en este contexto mediático. Constituye, por su aparición repentina y su efecto devastador, uno de esos pocos acontecimientos capaces de suspender el flujo de la realidad durante unos días, obligando a los medios a adaptarse a una escena totalmente nueva. Pero los melones se van acomodando. Si en un comienzo el progresismo reacciona minimizando el tema («mueren más personas por dengue y a nadie la importa»), más tarde vira hacia un sentido de solidaridad colectiva difuso y de clase media, no exento de reclamos punitivistas. La hipertelevisión, cuya marca es la agilidad, el desparpajo y la ausencia total de escrúpulos, rápidamente se adapta a la nueva realidad epidemiológica. Como el verdadero enemigo es invisible y silencioso, tantea otros blancos, corpóreos e identificables. Desvía entonces la atención al italiano de Colegiales que violó la cuarentena, al padre de familia que quiso llegar a Villa Gessell por los médanos y enterró la camioneta, al pastor Giménez que vende alcohol en gel bendecido a mil pesos la botella.

Pero se pasa de rosca, como siempre: el movilero de TN carga las tintas contra un hombre detenido en Once por la policía tras comprobar que trasladaba unas latas de pintura en la mochila; venía de hacer una changa y fue trasladado a la comisaría. La realidad que no se cuenta es por supuesto la dificultad para cumplir la cuarentena que enfrenta la amplia franja de argentinos que viven en la informalidad y al día,

y cuya existencia transcurre en villas o barrios hacinados, donde el «quedarse en casa» no es una opción.

Sin embargo, la buena noticia es que la grieta se cierra y la polarización pierde temperatura. Aunque cada tanto alguien recuerda que Macri degradó el Ministerio de Salud a Secretaría, responsabilizarlo por la propagación del virus parece exagerado. La reacción del gobierno es sobria, empática y responsable, y la oposición está a la altura: las fotos de Alberto con Axel Kicillof y Horacio Rodríguez Larreta constituyen una muestra de apertura, unidad y diálogo impensable bajo Macri o Cristina: *the end of the grieta* en escena. Solo así se explica que Alberto pueda ejercer esa tremenda muestra de poder que es decretar el confinamiento general de cuarenta millones de argentinos y solo así se explica esa tremenda muestra de autoridad que significa que todos estén de acuerdo. Si le hubiera tocado a Cristina, ¿habría sido criticada por autoritaria? Y si le hubiese tocado a Macri, ¿sería un ejemplo del estado de excepción que requiere el neoliberalismo según sostiene Agamben?

En control de la situación, el viejo y maltrecho Estado argentino reacciona. Cuando me desperté, el Leviatán seguía ahí. Otro presidente peronista que inicia su mandato bajo el signo de la emergencia. ¿Y la hipertelevisión? Sin grieta que vampirizar, reorienta su indignación y denuncia a enemigos extrapolíticos inverosímiles, en tanto resigna su tercer registro, el contrapunto, que no encuentra espacio para desplegarse: los pocos que lo intentan –Claudio Zin, Laura Alonso– son rápidamente marginados. Los Guillemos Vilas, Aracelis y Pampitas de la polémica no funcionan y no es difícil adivinar el motivo: si pasan rápido y no volvemos a verlos es porque no miden.

José Natanson, «Coronavirus e hipertelevisión», en Página/12, Buenos Aires, 28 de marzo de 2020.

No quedó en el matadero ni un solo ratón vivo de muchos millares que allí tenían albergue. Todos murieron o de hambre o ahogados en sus cuevas por la incesante lluvia. Multitud de negras rebusconas de *achuras*, como los caranchos de presa, se desbandaron por la ciudad como otras tantas harpías prontas a devorar cuanto hallaran comible. Las gaviotas y los perros, inseparables rivales suyos en el matadero, emigraron en busca de alimento animal. Porción de viejos achacosos cayeron en consunción por falta de nutritivo caldo; pero lo más notable que sucedió fue el fallecimiento casi repentino de unos cuantos gringos herejes que cometieron el desacato de darse un hartazgo de chorizos de Extremadura, jamón y bacalao, y se fueron al otro mundo a pagar el pecado cometido por tan abominable promiscuación.

Algunos médicos opinaron que, si la carencia de carne continuaba, medio pueblo caería en síncope por estar los estómagos acostumbrados a su corroborante jugo; y era de notar el contraste entre estos tristes pronósticos de la ciencia y los anatemas lanzados desde el púlpito por los reverendos padres contra toda clase de nutrición animal y de promiscuación en aquellos días destinados por la Iglesia al ayuno y la penitencia. Se originó de aquí una especie de guerra intestina entre los estómagos y las conciencias, atizada por el inexorable apetito y las no menos inexorables vociferaciones de los ministros de la Iglesia, quienes, como es su deber, no transigen con vicio alguno que tienda a relajar las costumbres católicas, a lo que se agregaba el estado de flatulencia intestinal de los habitantes, producido por el pescado y los porotos y otros alimentos algo indigestos.

**Esta guerra se manifestaba
por sollozos y gritos
descompasados en la peroración**

de los sermones y por rumores y estruendos subitáneos en las casas y calles de la ciudad o donde quiera concurrían gentes.

Alarmose un tanto el gobierno, tan paternal como previsor, del Restaurador, creyendo aquellos tumultos de origen revolucionario y atribuyéndolos a los mismos salvajes unitarios, cuyas impiedades, según los predicadores federales, habían traído sobre el país la inundación de la cólera divina; tomó activas providencias, desparramó sus esbirros por la población y, por último, bien informado, promulgó un decreto tranquilizador de las conciencias y de los estómagos, encabezado por un considerando muy sabio y piadoso para que a todo trance, y arremetiendo por agua y todo, se trajese ganado a los corrales.



Subtitulado

Elija en una película o serie una escena en la que dos personajes discuten acaloradamente. Mire esa escena con el dispositivo en silencio y sin subtítulos. Escriba los diálogos que, según usted, sostienen esos exaltados personajes.

En efecto, el decimosexto día de la carestía víspera del día de Dolores, entró a nado por el paso de Burgos al matadero del Alto una tropa de cincuenta novillos gordos; cosa poca por cierto para una población acostumbrada a consumir diariamente de 250 a 300, y cuya tercera parte al menos gozaría del fuero eclesiástico de alimentarse con carne. ¡Cosa extraña que haya estómagos privilegiados y estómagos sujetos a leyes inviolables, y que la Iglesia tenga la llave de los estómagos!

Pero no es extraño, supuesto que el diablo, con la carne, suele meterse en el cuerpo, y que la Iglesia tiene el poder de conjurarlo: el caso es reducir al hombre a una máquina cuyo móvil principal no sea su voluntad sino la de la Iglesia y el gobierno. Quizá llegue el día en

que sea prohibido respirar aire libre, pasearse y hasta conversar con un amigo, sin permiso de autoridad competente.

Así era, poco más o menos, en los felices tiempos de nuestros beatos abuelos que por desgracia vino a turbar la Revolución de Mayo.

La señora, la policía y las berenjenas



Foto: Bernardino Ávila, en *Página/12*, 20 de febrero de 2019.

Sea como fuera, a la noticia de la providencia gubernativa, los corrales del Alto se llenaron, a pesar del barro, de carniceros, achuradores y curiosos, quienes recibieron con grandes vociferaciones y palmoteos los cincuenta novillos destinados al matadero.

—Chica, pero gorda —exclamaban—. ¡Viva la Federación! ¡Viva el Restaurador!

Porque han de saber los lectores que en aquel tiempo la Federación estaba en todas partes, hasta entre las inmundicias del matadero, y no había fiesta sin Restaurador como no hay sermón sin san Agustín. Cuentan que al oír tan desaforados gritos las últimas ratas que agonizaban de hambre en sus cuevas, se reanimaron y echaron a correr desatentadas conociendo que volvían a aquellos lugares la acostumbrada alegría y la algazara precursora de abundancia.

El primer novillo que se mató fue todo entero de regalo al Restaurador, hombre muy amigo del asado. Una comisión de carniceros marchó a ofrecérselo a nombre de los federales del matadero, manifestándole *in voce* su agradecimiento por la acertada providencia del gobierno, su adhesión ilimitada al Restaurador y su odio entrañable a los salvajes unitarios, enemigos de Dios y de los hombres. El Restaurador contestó a la arenga, *rinforzando* sobre el mismo tema, y concluyó la ceremonia con los correspondientes vivas y vociferaciones de los espectadores y actores. Es de creer que el Restaurador tuviese permiso especial de su Ilustrísima para no abstenerse de carne, porque siendo tan buen observador de las leyes, tan buen católico y tan acérrimo protector de la religión, no hubiera dado mal ejemplo aceptando semejante regalo en día santo.

Plagio

Elija un discurso polémico que confronte agresivamente a unx adversarix.

Asegúrese de que le resulte una pieza oratoria extraordinaria.

Abstraiga esa pieza oratoria de su contexto de producción.

Reubíquela en un nuevo contexto.

Copie la pieza oratoria palabra por palabra, pensando en que usted la está escribiendo para ese nuevo contexto.

Grábela y escúchese.

O súbase a una silla, banquito, escalón, umbral –o la mesa, si no le da vértigo–, y pronuncie este discurso extraordinario para que lo escuche quien corresponda.

Siguió la matanza y en un cuarto de hora cuarenta y nueve novillos se hallaban tendidos en la playa del matadero, desollados unos, los otros por desollar. El espectáculo que ofrecía entonces era animado y pintoresco, aunque reunía todo lo horriblemente feo, inmundo y deforme de una pequeña clase proletaria peculiar del Río de la Plata.

Nodio: observatorio de la desinformación y la violencia simbólica

La Defensoría del Público presenta «Nodio: observatorio de la desinformación y la violencia simbólica en medios y plataformas digitales». Tiene como finalidad proteger a la ciudadanía de las noticias falsas, maliciosas y falacias. El observatorio funcionará en el ámbito de la Defensoría del Público y contará con un Consejo Asesor.

Marco digital

Hoy, el horizonte del ecosistema de medios convencionales se ha extendido hacia el mundo digital, incorporando una dimensión cualitativamente diferente a la libertad de expresión ciudadana potenciada mediante el uso de redes y plataformas. Internet facilita el acceso a la información de manera habitual y aumenta el volumen disponible en línea. En este escenario ampliado que incluye una alta concentración económica de medios y plataformas, el acceso masivo a la información mejoró ciertos procesos democráticos para que sean más participativos e inclusivos.

Sin embargo, también contribuyó a la propagación y viralización de desinformación o información maliciosa, fomentada por las lógicas de funcionamiento de las redes digitales, lo cual representa un problema cada vez mayor para el normal desarrollo de la vida democrática en su conjunto.

La información maliciosa, manipulada y diseminada puede exacerbar numerosas narrativas estigmatizantes, que atacan la dignidad y la integridad humana mediante la incitación al daño y contribuyen a crear un entorno de intolerancia, profundamente corrosivo del debate público. El derecho que tienen los ciudadanos y las ciudadanas a

comunicarse y a acceder a información veraz en el entorno digital constituye un compromiso ineludible para el desarrollo de las sociedades democráticas.

Esta situación ha provocado que diversos organismos internacionales como las Naciones Unidas y la Unesco, la Unión Europea o la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, hayan desplegado numerosas iniciativas y recomendaciones hacia los estados miembros, la sociedad civil, las universidades y el sector privado en torno al problema. Dichas iniciativas promueven un marco de cooperación eficaz entre las partes interesadas, incluidas las plataformas, los anunciantes y los medios, para garantizar el acceso a un ecosistema digital diverso, que habilite el ejercicio de la ciudadanía democrática, la plena vigencia de los derechos humanos y sociales y la convivencia pacífica.

La Defensoría del Público, en este marco, asume el compromiso democrático mediante la creación de Nodio. Esta iniciativa se propone generar insumos y entornos de intercambio que permitan reflexionar acerca de las prácticas deontológicas en búsqueda de un periodismo de alta calidad, el fortalecimiento de las audiencias críticas mediante el desarrollo de competencias digitales y el fomento del debate sobre los aspectos éticos del ejercicio de la libertad de expresión en internet, entre otras iniciativas.

Como herramienta de trabajo de la Defensoría, Nodio contribuirá de las siguientes formas:

- A crear ámbitos participativos de debate permanente sobre la temática abordada.
- Promover el conocimiento científico sobre la desinformación y contribuir a mitigar el fenómeno de la información maliciosa.
- Asesorar a organismos y organizaciones sociales en torno al tema y colaborar en el diseño de estrategias y recomendaciones para abordarlo.

- Promover el conocimiento científico y elaborar material dirigido a la promoción de la resiliencia social frente a la problemática de la desinformación.
- Realizar campañas de capacitación en alfabetización digital y mediática.
- Promover compromisos de buenas prácticas informativas y discursos de respeto.
- Identificar, exponer y explicar la desinformación, mediante acciones de monitoreo, revisión, análisis y verificación de la desinformación; identificación de estrategias argumentativas, sistema de alertas, de publicidad y de respuestas coordinadas, entre otras.
- Para ello promoverá el trabajo colaborativo con organismos especializados, centros de investigación, plataformas digitales, la industria audiovisual y las organizaciones de la sociedad civil.

Defensoría del Público, «Nodio: observatorio de la desinformación y la violencia simbólica», 9 de octubre de 2020. Disponible en: <<https://defensadelpublico.gob.ar/nodio-observatorio-de-la-desinformacion-y-la-violencia-simbolica/>> [consulta: 18 de octubre de 2020]

Pero para que el lector pueda percibirlo a un golpe de ojo, preciso es hacer un croquis de la localidad.

Poema cartográfico

Kenneth Goldsmith, en su libro *Escritura no-creativa. Gestionando el lenguaje en la era digital* (Caja Negra, 2015), sostiene que la «geografía se puede reconfigurar y adaptar a nuestra medida a través de la imaginación. La psicogeografía puede tomar diversas formas: podríamos crear una cartografía alternativa de una ciudad basada en emociones específicas».

Siguiendo esa idea, señale en el mapa de su localidad aquellos puntos en los que recuerda haber discutido con alguien. Anote con cuidado el nombre de ese alguien, la fecha aproximada y el motivo de la discusión.

Siguiendo las fechas en orden creciente o decreciente, transcriba los motivos como si fueran versos. Declame el poema resultante hasta lograr un ritmo que le resulte musical. Grábese.

El matadero de la Convalecencia o del Alto, sito en las quintas al sur de la ciudad, es una gran playa en forma rectangular colocada al extremo de dos calles, una de las cuales allí se termina y la otra se prolonga hacia el este. Esta playa, con declive al sur, está cortada por un zanjón labrado por la corriente de las aguas pluviales, en cuyos bordes laterales se muestran innumerables cuevas de ratones y cuyo cauce recoge, en tiempo de lluvia, toda la sangraza seca o reciente del matadero. En la junción del ángulo recto, hacia el oeste, está lo que llaman la casilla, edificio bajo de tres piezas de media agua, con corredor al frente, que da a la calle, y palenque para atar caballos, a cuya espalda se notan varios corrales de palo a pique de ñandubay, con sus fornidas puertas para encerrar el ganado.

Estos corrales son en tiempo de invierno un verdadero lodazal en el cual los animales apeñuscados se hunden hasta el encuentro y quedan como pegados y casi sin movimiento. En la casilla se hace la recaudación del impuesto de corrales, se cobran las multas por violación de reglamentos y se sienta el Juez del matadero, personaje importante, caudillo de los carniceros y que ejerce la suma del poder en aquella pequeña república por delegación del Restaurador.

Fácil es calcular qué clase de hombre se requiere para el desempeño de semejante

cargo. La casilla, por otra parte, es un edificio tan ruin y pequeño que nadie lo notaría en los corrales a no estar asociado su nombre al del terrible Juez y a no resaltar sobre su blanca cintura los siguientes letreros rojos: «Viva la Federación», «Viva el Restaurador y la heroína doña Encarnación Ezcurra», «Mueran los salvajes unitarios». Letreros muy significativos, símbolo de la fe política y religiosa de la

gente del matadero. Pero algunos lectores no sabrán que la tal heroína es la difunta esposa del Restaurador, patrona muy querida de los carniceros, quienes, ya muerta, la veneraban como viva por sus virtudes cristianas y su federal heroísmo en la revolución contra Balcarce. Es el caso que, en un aniversario de aquella memorable hazaña de la Mazorca, los carniceros festejaron con un espléndido banquete en la casilla a la heroína, banquete a que concurrió con su hija y otras señoras federales, y que allí en presencia de un gran concurso ofreció a los señores carniceros en un solemne brindis su federal patrocinio, por cuyo motivo ellos la proclamaron entusiasmados patrona del matadero, estampando su nombre en las paredes de la casilla, donde se estará hasta que lo borre la mano del tiempo.

La perspectiva del matadero a la distancia era grotesca,

llena de animación. Cuarenta y nueve reses estaban tendidas sobre sus cueros, y cerca de doscientas personas hollaban aquel suelo de lodo regado con la sangre de sus arterias. En torno de cada res resaltaba un grupo de figuras humanas de tez y raza distintas. La figura más prominente de cada grupo era el carnicero con el cuchillo en mano, brazo y pecho desnudos, cabello largo y revuelto, camisa y chiripá, y rostro embadurnado de sangre. A sus espaldas se rebullían, caracoleando y siguiendo los movimientos, una comparsa de muchachos, de negras y mulatas achuradoras, cuya fealdad trasuntaba las harpías de la fábula, y entremezclados con ellas algunos enormes mastines olfateaban, gruñían o se daban de tarascones por la presa. Cuarenta y tantas carretas toldadas con negruzco y pelado cuero se escalonaban irregularmente a lo largo de la playa y algunos jinetes, con el poncho calado y el lazo prendido

al tiento, cruzaban por entre ellas al tranco o reclinados sobre el pescuezo de los caballos, echaban ojo indolente sobre uno de aquellos animados grupos, al paso que, más arriba, en el aire, un enjambre de gaviotas blanquiazules que habían vuelto de la emigración al olor de carne, revoloteaban cubriendo con su disonante graznido todos los ruidos y voces del matadero y proyectando una sombra clara sobre aquel campo de horrible carnicería. Esto se notaba al principio de la matanza.

Pero a medida que adelantaba, la perspectiva variaba; los grupos se deshacían, venían a formarse tomando diversas actitudes y se desparramaban corriendo como si en el medio de ellos cayese alguna bala perdida o asomase la quijada de algún encolerizado mastín.

Esto era que, inter el carnicero en un grupo descuartizaba a golpe de hacha, colgaba en otro los cuartos en los ganchos a su carreta, despellaba en este, sacaba el sebo en aquel, de entre la chusma que ojeaba y aguardaba la presa de achura salía de cuando en cuando una mugrienta mano a dar un tarazón con el cuchillo al sebo o a los cuartos de la res, lo que originaba gritos y explosión de cólera del carnicero y el continuo hervidero de los grupos, dichos y gritería descompasada de los muchachos.

–Ahí se mete el sebo en las tetas, la tía –gritaba uno.

–Aquel lo escondió en el alzapón –replicaba la negra.

–¡Che!, negra bruja, salí de aquí antes que te pegue un tajo –exclamaba el carnicero.

–¿Qué le hago, ño Juan? ¡No sea malo! Yo no quiero sino la panza y las tripas.

–Son para esa bruja: a la m...

–¡A la bruja! ¡A la bruja! –repetieron los muchachos–. ¡Se lleva la riñonada y el tongorí! –Y cayeron sobre su cabeza sendos cuajos de sangre y tremendas pelotas de barro.

Dos minutos de odio

Un momento después se oyó un chirrido espantoso, como de una monstruosa máquina sin engrasar, que estalló de la enorme telepantalla situada al fondo de la sala. Era un ruido que hacía rechinar los dientes y que ponía los pelos de punta. Había empezado el Odio.

Como de costumbre, apareció en la pantalla la cara de Emmanuel Goldstein, el Enemigo del Pueblo. El público lo silbó, de aquí y allá. La mujercita del pelo color arena dio un chillido mezcla de miedo y asco. Goldstein era el renegado que alguna vez, hacía mucho tiempo (nadie podía recordar cuánto), había sido una de las grandes figuras del Partido, casi del nivel del Gran Hermano, y luego se había dedicado a actividades contrarrevolucionarias, había sido condenado a muerte, se había escapado misteriosamente y había desaparecido. Los programas de los Dos Minutos de Odio variaban día a día, pero en ninguno de ellos dejaba de ser Goldstein el protagonista. Era el traidor por excelencia, el primero en haber manchado la pureza del Partido. Todos los crímenes contra el Partido que le siguieron, todos los actos de sabotaje, herejías, desviaciones y toda clase de traiciones procedían directamente de sus enseñanzas. En algún lugar seguía vivo y conspirando. Quizás cruzando los mares, protegido por sus patrones foráneos -incluso era posible que, como se rumoreaba a veces, estuviera escondido en algún sitio de la propia Oceanía.

El diafragma de Winston se contrajo. No podía ver la cara de Goldstein sin experimentar una mezcla dolorosa de emociones. Era una cara judía, delgada, con una aureola de pelo blanco y una barbita de chivo: una cara inteligente que tenía sin embargo algo intrínsecamente despreciable, una especie de tonta senilidad en su larga nariz, en cuyo extremo se equilibraban sus anteojos. Parecía el rostro de

una oveja y hasta su voz misma parecía ovejuna. Goldstein estaba dando su discurso habitual, atacando venenosamente las doctrinas del Partido; un ataque tan exagerado y perverso que hasta un chico podía darse cuenta de su falsedad y, sin embargo, lo bastante plausible para que uno pudiera alarmarse pensando en otros, no tan despiertos como uno, capaces de creérselo. Insultaba al Gran Hermano, acusaba al Partido de ser una dictadura y exigía que se firmara inmediatamente la paz con Eurasia. Abogaba por la libertad de palabra, la libertad de prensa, la libertad de reunión y la libertad de pensamiento, gritando histéricamente que la revolución había sido traicionada. Y todo esto en un rápido discurso con las palabras complicadas que parodiaba el estilo habitual de los oradores del Partido e incluso utilizando palabras de neolengua, quizás con más palabras neolingüísticas de las que solían emplear los miembros del Partido normalmente. Y mientras gritaba, por detrás de él desfilaban por la telepantalla interminables columnas del ejército de Eurasia, para que no quedasen dudas sobre la realidad de las injurias de Goldstein: filas y más filas de soldados sólidos como bloques, con impasibles rostros asiáticos; se acercaban al frente de la pantalla y desaparecían, para ser reemplazados por otros idénticos. El sordo y rítmico redoble de las botas militares formaba el contrapunto del balido de la voz de Goldstein.

Antes de que el Odio hubiera durado treinta segundos, la mitad de los espectadores gritaban enfurecidos. La satisfecha y ovejuna cara del enemigo y el terrorífico poder del ejército que desfilaba a sus espaldas eran demasiado que soportar. Además, solo con ver a Goldstein o pensar en él, nacían un miedo y una furia automáticas. Era un objeto de odio más constante que Eurasia o que Asia Oriental, ya que cuando Oceanía estaba en guerra con alguna de estas potencias, solía estar en paz con la otra. Pero lo extraño

era que, a pesar de que Goldstein era odiado y despreciado por todos, a pesar de que mil veces por día se refutaran, aplastaran y ridiculizaran sus teorías en la telepantalla, en las tribunas públicas, en los diarios y en los libros... a pesar de todo, su influencia no parecía disminuir. Siempre había nuevos incautos dispuestos a dejarse seducir por él. No pasaba ni un solo día sin que sus espías y saboteadores fueran desenmascarados por la Policía del Pensamiento. Era el comandante de un inmenso ejército que actuaba en la sombra, una red subterránea de conspiradores dispuestos a derribar al Estado. Se suponía que esa organización se llamaba la Hermandad. Y también se rumoreaba que existía un libro terrible, compendio de todas las herejías, escrito por Goldstein y que circulaba clandestinamente. Era un libro sin título. La gente se refería a él llamándolo sencillamente *e/ libro*. Pero uno se podía enterar de estas cosas solo por vagos rumores. Nadie que fuera miembro del Partido hablaba nunca de la Hermandad ni del libro si podía evitarlo.

En su segundo minuto, el Odio llegó al frenesí. Los espectadores saltaban y gritaban enfurecidos tratando de ahogar la voz de oveja que salía de la pantalla. La mujer del cabello color arena se había puesto colorada y abría y cerraba la boca como un pez en tierra. Incluso O'Brien tenía la cara sonrojada. Estaba sentado muy derecho en su butaca y respiraba con su poderoso pecho como si una ola inmensa estuviera por arrasarlo. La joven de cabellos morenos sentada detrás de Winston había empezado a gritar: «¡Cerdo! ¡Cerdo! ¡Cerdo!», y, de pronto, agarró un pesado diccionario de neolengua y lo tiró a la pantalla. El diccionario le dio a Goldstein en la nariz y rebotó. Pero la voz continuó inexorable. En un momento de lucidez, Winston se dio cuenta de que estaba gritando histéricamente como los demás y pateando con los talones contra los palos de su propia silla. Lo horrible de los Dos Minutos de Odio

no era que cada uno tuviera que actuar un papel sino que era imposible no ser arrastrado por el clima reinante. A los treinta segundos no hacía falta fingir. Un éxtasis de miedo y venganza, un deseo de matar, de torturar, de aplastar caras de otros con un martillo parecían recorrer a todo el grupo como una corriente eléctrica, y uno se convertía, aunque no quisiera, en un lunático gesticulante y a los gritos. Y sin embargo, la furia que se sentía era una emoción abstracta e indirecta que podía aplicarse a una cosa o a otra, como si se aplicara la llama de una lámpara de soldadura. Así, en un momento determinado, el odio de Winston no se dirigía contra Goldstein, sino contra el propio Gran Hermano, contra el Partido y contra la Policía del Pensamiento; y entonces su corazón se unía al solitario e insultado hereje de la pantalla, único guardián de la verdad y la cordura en un mundo de mentiras. Pero al instante siguiente, se compenetraba completamente con la gente que lo rodeaba y le parecía verdad todo lo que decían de Goldstein. En esos momentos, su odio contra el Gran Hermano se transformaba en adoración, y el Gran Hermano se elevaba como una fortaleza invencible, como una roca protectora capaz de resistir los ataques de las hordas asiáticas, y Goldstein, a pesar de su aislamiento, de su desamparo y de la duda que flotaba sobre si existía, aparecía como un siniestro brujo capaz de acabar con la estructura de la civilización entera solo con el poder de su voz.

Incluso era posible, en ciertos momentos, dirigir el odio en una dirección o en otra voluntariamente. De pronto, como si fuera el esfuerzo violento de levantar la cabeza de la almohada durante una pesadilla, Winston podía traspasar el odio desde la cara en la pantalla a la muchacha que se encontraba detrás de él. Se le atravesaban por la mente alucinaciones hermosas, vívidas. Le pegaría con una cachiporra hasta matarla. La ataría desnuda en un poste y la

atravesaría con flechas como a san Sebastián. La violaría y le cortaría la garganta en el orgasmo. Se le hizo más claro que antes, incluso, por qué la odiaba. La odiaba porque era joven y linda y asexuada; porque quería irse a la cama con ella pero no lo haría nunca; porque alrededor de su dulce y tierna cintura, que parecía pedir que la rodearan con el brazo, tenía puesta la odiosa banda roja, el agresivo símbolo de castidad.

El Odio alcanzó su clímax. La voz de Goldstein se había convertido en un balido ovejuno real. Y su rostro, que había llegado a ser el de una oveja, se transformó en la cara de un soldado de Eurasia, que parecía estar avanzando sobre los espectadores, enorme y terrible, disparando atronadoramente su ametralladora. Tanto parecía salirse de la pantalla que los que estaban en primera fila se echaban hacia atrás en sus asientos. Pero en el mismo instante, con un profundo suspiro de alivio general, la figura amenazante se fundía para que surgiera en su lugar la cara del Gran Hermano, con su negra cabellera y sus grandes bigotes negros, un rostro rebosante de poder y de misteriosa calma, tan grande que casi llenaba la pantalla. Nadie oía lo que estaba diciendo el Gran Hermano. Eran tan solo unas pocas palabras para animarlos, esas palabras que se les dicen a las tropas en cualquier batalla, que no hace falta descifrar una por una pero devuelven la confianza por el simple hecho de ser pronunciadas. Entonces, la cara del Gran Hermano desapareció otra vez y en su lugar aparecieron los tres eslóganes del Partido en grandes letras:

LA GUERRA ES LA PAZ

LA LIBERTAD ES LA ESCLAVITUD

LA IGNORANCIA ES LA FUERZA

Pero parecía como si el rostro del Gran Hermano persistiera en la pantalla durante algunos segundos, como si el impacto que había producido en las retinas de los especta-

dores fuera demasiado intenso para borrarse rápidamente. La mujer del cabello color arena se lanzó hacia adelante, agarrándose a la butaca de la fila delantera y extendió los brazos a la pantalla, murmurando algo como «¡Mi salvador!». Después se tapó la cara con las manos. Estaba invocando una plegaria.

Entonces, todo el grupo arrancó un canto rítmico, lento y profundo: «¡Ge-Hache... Ge-Hache... Ge-Hache!», con una gran pausa entre la G y la H. Era un canto monótono y salvaje, en el que parecían oírse pisadas de pies desnudos y el batir de los tam-tam en lo profundo. El canto duró unos treinta segundos. Era un estribillo que surgía en las ocasiones de gran emoción colectiva. En parte, era una especie de himno a la sabiduría y majestad del Gran Hermano; pero, más aún, era una forma de autohipnosis, un modo deliberado de ahogar la conciencia mediante un ruido rítmico. A Winston parecían enfriársele las entrañas. En los Dos Minutos de Odio, no podía evitar que la oleada emotiva lo arrastrase, pero este canto infrahumano de «¡Ge-Hache... Ge-Hache... Ge-Hache!» siempre lo llenaba de horror. Desde luego, se unía al coro; era imposible no hacerlo. Controlar los verdaderos sentimientos y hacer lo mismo que los demás era una reacción instintiva.

George Orwell, *1984*, Londres, Secker & Warburg, 1949 (fragmento del «Capítulo 1») [traducción: Lorena Healy].

Hacia otra parte, entre tanto, dos africanas llevaban arrastrando las entrañas de un animal; allá una mulata se alejaba con un ovillo de tripas y, resbalando de repente sobre un charco de sangre, caía a plomo, cubriendo con su cuerpo la codiciada presa. Acullá se veían acurrucadas en hilera cuatrocientas negras destejiendo sobre las faldas el ovillo y arrancando uno a uno los sebitos que el avaro cuchillo del carnicero había dejado en la tripa como rezagados, al paso que otras vaciaban panzas y vejigas y las henchían de aire de sus pulmones para depositar en ellas, luego de secas, la achura.

Varios muchachos gambeteando a pie y a caballo se daban de vejigazos o se tiraban bolas de carne, desparmando con ellas y su algazara la nube de gaviotas que columpiándose en el aire celebraban chillando la matanza. Oíanse a menudo, a pesar del veto del Restaurador y de la santidad del día, palabras inmundas y obscenas, vociferaciones preñadas de todo el cinismo bestial que caracteriza a la chusma de nuestros mataderos, con las cuales no quiero regalar a los lectores.

Desigualdades persistentes

La Argentina se encuentra atravesada y constituida por ciertas desigualdades socioculturales persistentes. No son desigualdades peculiares de nuestro país y aparecen en muchas sociedades contemporáneas, pero en cada lugar, en cada espacio, se concretan y despliegan de un modo peculiar. Por el grado en que dan cuenta de las principales heterogeneidades de la sociedad argentina contemporánea, nos interesa considerar y referirnos a las desigualdades socioculturales articuladas sobre las diferencias de clase, etnicidad, territorialidad, racialidad, religiosidad y de género.

Consideramos que hay cuatro desigualdades socioculturales que tienen una larga historia y una presencia relevante en la sociedad argentina contemporánea. Nos referimos al racismo, el clasismo, el centralismo y las desigualdades de género. Todas estas formas y otras son expresiones del etnocentrismo.¹ Suele escucharse la frase «en la Argentina no hay racismo» y quizá por eso podríamos decir que el «racismo» argentino se caracteriza, en primer lugar, por su negación. Las formaciones de alteridad resultantes de la conformación del país y sus regiones no han redundado en la identificación social de contingentes como «razas» o «etnicidades» al estilo europeo o norteamericano. Sin embargo, la historia de nuestro país y de la conformación

1 Puede encontrarse en la mayoría de las sociedades rasgos de etnocentrismo, entendido como la autoatribución de un lugar central en relación a otras y a la consideración de que las características propias son superiores y/o normales (mientras que, correlativamente, las de las otras son inferiores e inclusive no humanas). Pero no todos los etnocentrismos tienen iguales efectos políticos ni es de carácter universal su asociación con la expansión y el dominio colonial y neocolonial de los países europeos y de los Estados Unidos.

del imaginario hegemónico² de un país supuestamente blanco y europeo ayuda a comprender la importancia en las categorizaciones sociales de lo que se consideran huellas corporales de ciertos linajes de origen (europeos/indígenas/criollos/afro). El racismo argentino abarca a los procesos de racialización que atraviesan otras relaciones sociales.³ En este sentido, si el «racismo» alude a la jerarquización de marcaciones corporales, hay discriminaciones culturalistas que apelan a marcaciones étnicas como la lengua o la vestimenta.

No puede afirmarse que todos los argentinos sean racistas ni que todas las actitudes racistas sean idénticas. Hay racismo contra los inmigrantes de países limítrofes, contra inmigrantes de tez oscura que van desde el llamado «interior» a las grandes ciudades, contra los afrodescendientes, contra los inmigrantes asiáticos y contra otros grupos. Pero también en este país que se imagina a sí mismo «sin negros» («porque los mataron a todos») se usa el término «negro» contra los llamados «cabecitas negras»: contra los pobres,

2 El racismo clásico implica ideas y prácticas de menosprecio y odio con respecto a personas con rasgos fenotípicos diferentes. El racismo se basa en una ideología que presupone que la humanidad se divide en razas, que hay una continuidad entre lo físico y lo moral, que los grupos humanos son homogéneos, que existe una jerarquía única de valores y que es necesaria una política fundada en el saber (véase Tzvetan Todorov, *Nosotros y los otros*, México, Siglo Veintiuno, 1991).

3 La racialización funciona «creyendo» que solo ve rasgos somáticos, cuando en realidad tiende a ver «configuraciones sintéticas de la apariencia» (cuerpo, hexis corporal, vestimenta, habla [Gabriela Karasik, «Etnicidad, cultura y clases sociales. Procesos de formación histórica de la conciencia colectiva en Jujuy, 1970-2003», tesis inédita, Universidad Nacional de Tucumán, 2005]) o «fenomitos» (Diego Escolar, *Los dones étnicos de la Nación: identidades huarpe y modos de producción de soberanía en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2007).

los habitantes de las villas, los miembros de sindicatos, los asistentes a una marcha, los hinchas de Boca Juniors u otros clubes y a veces contra los peronistas.

Aquí arribamos a una intersección entre racismo y clasismo característica de la Argentina. En el lenguaje coloquial los pobres son considerados negros y los negros son considerados pobres, y esa recursividad construye una frontera simbólica poderosa y muchas veces infranqueable. Hace tiempo los estudios sociales mostraron que ese racismo y ese clasismo, si bien están concentrados en los sectores más poderosos, blancos y de mayor nivel socioeconómico, muchas veces son incorporados al lenguaje de los sectores populares. Ya veremos más adelante que «el villero» y «el negro» son el Otro. ¿El otro respecto de cuál «nosotros»? De un nosotros blanco, europeo, de clases medias y altas. Y eso en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Córdoba o Rosario, porque los miembros de las clases medias y altas de Tucumán, Salta o Jujuy presentan frecuentemente rasgos corporales de linajes no europeos. Al mismo tiempo, en la heterogeneidad territorial argentina también hay regiones o provincias donde presentarse como «negro» no solo no es desvalorizante sino que podría ser señal orgullosa de ser de la tierra y no inmigrante.

Para comprender esta interseccionalidad entre clasismo y racismo es necesario reconocer que el imaginario europeísta de una argentina blanca, de un país de inmigrantes, de un «crisol de razas» («razas» española, italiana o polaca, en realidad nacionalidades europeas), fue construyendo una idea de «nosotros», una identidad nacional excluyente de heterogeneidades constitutivas de la población, incluso de la mayoría de la población. Esa articulación clasismo-racismo, como dijimos, supone imaginariamente que los pobres son «negros» y que los «negros» son pobres.

¿Qué es el clasismo? Si el racismo desprecia a aquellos que tengan rasgos físicos diferentes, el clasismo considera la propia vida social como «natural», como disponible para todos los seres humanos «normales» y considera que aquellos que viven en peores condiciones o tienen menores ingresos o menos educación tienen una naturaleza inferior. En un extremo del clasismo, una familia de millones que habita mansiones, tiene automóviles de lujo, amplio personal doméstico, ropas de marcas o de autor desprecia a todos aquellos que no acceden a esos signos de distinción. De modos menos extremos pero más extendidos, aquellos que tienen su propia casa, algún vehículo, un nivel educativo intermedio desprecian a aquellos que no tienen esos u otros signos. Si bien formas de clasismo pueden estar presentes en muchas sociedades, en cada caso adquieren modos e intensidades peculiares.

En la Argentina el término «cabecita negra» surge en la década de 1940 como etiqueta de discriminación hacia los inmigrantes internos que llegaban desde las provincias hacia las grandes ciudades, en el contexto de la industrialización sustitutiva de importaciones. Esas personas y grupos, que para la perspectiva urbana y especialmente porteña, no pertenecían al «nosotros» europeizante y blanco, eran objeto del centralismo: además del clasismo, el racismo. Esto es relevante no solo para comprender la sociedad de esa época. En aquellos años, especialmente el famoso 17 de octubre de 1945, muchos habitantes de Buenos Aires permanecieron anonadados mientras multitudes de trabajadores recorrían y atravesaban la ciudad. Un célebre y muy honesto historiador radical declaró: «No sabía que esta gente existía». Es importante hacer notar que desde entonces muchos supieron que esa gente existe, pero el imaginario hegemónico argentino continúa negándolo.

¿Qué es el centralismo? ¿Cuáles son los mitos territoriales asociados al centralismo? La relación entre Buenos Aires y el resto de las provincias ha estado presente en la política, la cultura y la economía argentina desde los orígenes independientes. Hoy un tercio de la población argentina reside en el Área Metropolitana de Buenos Aires, y esto en sí mismo es expresión de desigualdades regionales y sociales persistentes e indudables. Desde el punto de vista de un análisis de la heterogeneidad sociocultural, uno de los mitos territoriales asociados con el centralismo es el que ve la realidad argentina partida en dos entidades con atributos diferentes: la capital y el interior, la metrópoli y las provincias, la «civilización» y la «barbarie». No se trata de retomar las divisiones entre federales y unitarios, sino de comprender cómo la idea de una Buenos Aires europea, avanzada, civilizada, cosmopolita se ha contrapuesto de modo persistente a su imagen invertida, el «interior» atrasado y feudal, que solo recientemente se está comenzando a resquebrajar. Esta concepción, que se correspondió durante mucho tiempo con formas de ejercicio del dominio territorial y social justificadas en la supuesta condición de «desierto» de ciertas áreas de «extranjería», de la población indígena arrinconada en las fronteras, articuló la representación de un país europeo rodeado de países atrasados, de «negros» y de «indios». La exclusión de la mayor parte del país está implícita en esa idea de europeidad nacional que nos convertiría en un país excepcional en la región, idea a la que golpeó cada gran crisis económico-social. En la imagen de la «Argentina como país europeo», lo porteño ya definió al interior como «no argentino». Como en otras desigualdades persistentes, las sociedades de las provincias del interior pueden afirmarse polémicamente como «interior» o «provincias» frente a Buenos Aires (ciudad y provincia), en tanto centro del poder económico, político y cultural del país. La estructuración desigual del territorio y el poder económico y social

se manifiesta en la gran mayoría de las provincias argentinas, mostrando el grado en que pueden replicarse algunos aspectos de la oposición capital-interior y obviamente de la misma construcción homogénea del colectivo provinciano. Es decir, que las víctimas del centralismo no dejan por ello de ser centralistas o de aplicar el centralismo en su propia tierra. Todo lo cual no hace sino reafirmar el poder del imaginario y de la práctica centralista, hasta tal punto de generar un efecto de centralización en diferentes espacios territoriales.

La desigualdad de género es una de las inequidades más generales de la historia de la humanidad. Al mismo tiempo, es una de las desigualdades que más transformaciones atravesó en el siglo XX. El siglo pasado comenzó con mujeres que no podían votar y terminó con mujeres presidiendo países. Comenzó con mujeres que tenían vedado el acceso a la educación, al menos a la universidad, y terminó con una cantidad similar de estudiantes universitarios de ambos sexos. Estos y otros cambios similares se produjeron especialmente en América Latina y lo que habitualmente se llama «Occidente», con cambios significativos en algunos países de Asia y África. Sin embargo, incluso en todos ellos, continúa habiendo una persistente desigualdad de género que se manifiesta en datos elocuentes: el promedio salarial de las mujeres es menor al de los varones por el mismo trabajo, la mayor parte de las tareas domésticas continúa a cargo de las mujeres, la discriminación hacia gays, lesbianas, trans y otras formas de las orientaciones sexuales continúa vigente, etcétera.

Alejandro Grimson y Gabriela Alejandra Karasik, «Introducción a la heterogeneidad sociocultural en la Argentina contemporánea» (fragmento), en *id.* (coords.), *Estudios sobre diversidad cultural en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Clacso, 2017, pp. 17-21.

De repente caía un bofe sangriento sobre la cabeza de alguno, que de allí pasaba a la de otro, hasta que algún deforme mastín lo hacía buena presa, y una cuadrilla de otros, por si estrujo o no estrujo, armaba una tremenda de gruñidos y mordiscones. Alguna tía vieja salía furiosa en persecución de un muchacho que le había embadurnado el rostro con sangre, y acudiendo a sus gritos y puteadas los compañeros del rapaz, la rodeaban y azuzaban como los perros al toro, y llovían sobre ella zoquetes de carne, bolas de estiércol, con groseras carcajadas y gritos frecuentes, hasta que el Juez mandaba restablecer el orden y despejar el campo.

Perdoname que te interrumpa

Elija un texto de quinientas palabras exactas.

Interrúmpalo para intervenir cada vez que lo crea necesario porque usted tiene una perspectiva, razón, argumento, opinión, sensación, súbito raptó de ira, inevitables ganas de molestar, una anécdota inolvidable o cosquillas verbales en la punta de la lengua. Si el texto que eligió es digital, interrúmpalo escribiendo en un color, grafía o tamaño distinto al texto fuente en los puntos justos donde usted considere que debe intervenir. Obtendrá un texto con un diseño alternativo muy lindo de ver.

Si el texto que eligió está impreso, escriba en tiras de papel sus participaciones y péguelas en los lugares donde su interrupción es inevitable. Obtendrá una especie de texto-erizo, quizás un poco difícil de leer, pero muy apropiado para no quedarse con la espina.

Por un lado dos muchachos se adiestraban en el manejo del cuchillo tirándose horribles tajos y reveses; por otro, cuatro, ya adolescentes, ventilaban a cuchilladas el derecho a una tripa gorda y un mondongo que habían robado a un carnicero; y no de ellos distantes, porción de perros, flacos ya de la forzosa abstinencia, empleaban el mismo medio para saber quién se llevaría un hígado envuelto en barro. Simulacro en pequeño era este del modo bárbaro con que se ventilan en nuestro país las cuestiones y los derechos individuales y sociales. **En fin, la escena que se representaba en el matadero era para vista, no para escrita.**

El cristal con que se mira

De entre todas las descripciones que leyó alguna vez, elija una que se destaque por presentar un paisaje bucólico que invite al descanso y a la reflexión. Reescriba ese pasaje para volverlo agresivamente bélico. Puede también seleccionar la imagen pictórica de un paisaje con las mismas características y, mediante la técnica del *collage*, transformarlo en un espacio desolador.

Un animal había quedado en los corrales, de corta y ancha cerviz, de mirar fiero, sobre cuyos órganos genitales no estaban conformes los pareceres, porque tenía apariencia de toro y de novillo. Llegole su hora. Dos enlazadores a caballo penetraron al corral en cuyo contorno hervía la chusma a pie, a caballo y horquetada sobre sus ñudosos palos. Formaban en la puerta el más grotesco y sobresaliente grupo varios pialadores y enlazadores de a pie con el brazo desnudo y armados del certero lazo, la cabeza cubierta con un pañuelo punzó, y chaleco y chiripá colorado, teniendo a sus espaldas varios jinetes y espectadores de ojo escrutador y anhelante.

El animal, prendido ya al lazo por las astas, bramaba echando espuma furibundo y no había demonio que lo hiciera salir del pegajoso barro donde estaba como clavado y era imposible pialarlo. Gritábanlo, lo azuzaban en vano con las mantas y pañuelos los muchachos prendidos sobre las horquetas del corral, y era de oír la disonante batahola de silbidos, palmadas y voces triples y roncadas que se desprendía de aquella singular orquesta.

Los dicharachos, las exclamaciones chistosas y obscenas rodaban de boca en boca, y cada cual hacía alarde espontáneamente de su ingenio y de su agudeza, excitado por el espectáculo o picado por el agujijón de alguna lengua locuaz.

—Hi de p... en el toro.

—Al diablo los torunos del Azul.

—Mal haya el tropero que nos da gato por liebre.

—Si es novillo.

—¿No está viendo que es toro viejo?

—Como toro le ha de quedar. ¡Muéstreme los c..., si le parece, c...o!

—Ahí los tiene entre las piernas. ¿No los ve, amigo, más grandes que la cabeza de su castaño, o se ha quedado ciego en el camino?

–Su madre sería la ciega, pues que tal hijo ha parido.
¿No ve que todo ese bulto es barro?

–Es emperrado y arisco como un unitario. –Y al oír esta mágica palabra, todos a una voz exclamaron–: ¡Mueran los salvajes unitarios!

–Para el tuerto los h...

–Sí, para el tuerto, que es hombre de c... para pelear con los unitarios.

–El matahambre a Matasiete, degollador de unitarios.
¡Viva Matasiete!

–¡A Matasiete el matahambre!

–Allá va –gritó una voz ronca, interrumpiendo aquellos desahogos de la cobardía feroz–. ¡Allá va el toro!

–¡Alerta! ¡Guarda los de la puerta! ¡Allá va furioso como un demonio!

Género y escuela secundaria: políticas implementadas y desafíos pendientes

En octubre de 2006 se sancionó la Ley de Educación Sexual Integral (ESI), que concibe a la sexualidad en sus múltiples y complejas dimensiones. Además de las reacciones en su contra desde posiciones tradicionalistas o confesionales, esta iniciativa enfrenta riesgos serios de dismantelamiento que ignoran, incluso, las necesidades planteadas por los propios estudiantes.

Desde 2006 contamos en la Argentina con una ley que establece para todos los niveles educativos la obligatoriedad de inclusión de temáticas relacionadas con las sexualidades. La ley y el plan de acción que la ley determina (Programa Nacional de Educación Sexual Integral) se sustentaron en una clara decisión política del ejecutivo y el legislativo nacionales a la vez que en una fuerte alianza estratégica con los movimientos sociosexuales, en su versión más «militante» (organizaciones feministas y LGBTIQ) y en su versión más «académica» (universidades y centros de investigación).

A lo largo de su despliegue, estas políticas fueron tomando de manera creciente los aportes de la perspectiva de género y de los derechos sexuales y reproductivos. En cada avance teórico y político, las iniciativas fueron objeto de oposición de parte de los actores tradicionales que, con diferente incidencia, han protagonizado y protagonizan debates y, a veces, una oposición virulenta. Por una parte, las tradiciones medicalizantes y sexistas propias de las políticas de salud en la educación (el discurso biomédico de la «prevención» del contagio de ITS o del embarazo no planeado) vienen «defendiendo» su lugar en el ámbito educativo como el enfoque válido y necesario para la inclusión de la sexualidad como tema de trabajo en las escuelas.

Por otra parte, y más allá de las realidades y necesidades de las bases practicantes, la conducción de las diferentes religiones también tendió y tiende a impugnar los fundamentos y los contenidos que la Ley de Educación Sexual Integral sostiene.

El nuevo escenario del gobierno de Cambiemos ha abierto algunos interrogantes y, sobre todo, representa un preocupante «enlentecimiento», si no parálisis, de las iniciativas que el programa nacional había encarado. El proceso latinoamericano actual además plantea algunos rasgos más que inquietantes: el resurgimiento de voces opuestas al enfoque de la ley, que vuelven a sostener que la «ideología de género» afecta a los sujetos y a las familias de manera negativa. [...]

Discursos y actores políticos en disputa

Los profesores y las profesoras de Biología, Ciencias Naturales o Educación para la Salud han sido tradicionalmente las/os encargadxs de trabajar contenidos vinculados con la sexualidad en general desde la perspectiva de la «prevención».

Esta perspectiva tiende a reducir la sexualidad a su dimensión de la genitalidad (órganos y hormonas sexuales) y al problema de la reproducción y la transmisión de enfermedades. El concepto de «prevenir» encierra necesariamente una idea negativa respecto del objeto al que se refiere, ya que aquello que se pretende prevenir es doloroso y amenaza a la propia vida y a su despliegue. Obviamente, la prevención es sin duda una forma de cuidado y también –podríamos aceptar– es una forma superadora de una mera respuesta reactiva después de que los acontecimientos hayan sucedido. Suele incluirse además en un continuo que la vincula con «la adicción a las drogas y al

alcoholismo», formando una cadena simbólica en la que la «sexualidad» queda definitivamente ligada al polo del «peligro». Este modelo escolar de la medicalización de la sexualidad silencia o censura el disfrute y el deseo, parcializando y fragmentando el cuerpo sexuado según las infecciones más usuales, el número de embarazos, el uso de los métodos [de protección], etc. Tiende asimismo a construir una distancia insalvable entre quienes «saben» y quienes «no saben» de sexualidad y, sobre todo, a sobrecargar en las niñas y las adolescentes la responsabilidad del cuidado con un discurso fuertemente heteronormativo.

Evidentemente, en el abordaje escolar de los temas de sexualidad este enfoque parece extremadamente reduccionista. La ley de ESI plantea la complejidad de dimensiones que la sexualidad abarca, estableciendo que trasciende, y en mucho, la mera cuestión «física», biológica, y subrayando una definición que incluye cuestiones históricas y culturales, psicológicas, emocionales y éticas.

Ahora bien, sancionada la Ley de Educación Sexual Integral en octubre de 2006, en febrero de 2007 aparece el documento «Educación para el amor» buscando disputar las definiciones éticas laicas que la ley propone.

La «Educación para el amor» es el nombre del plan general y de las cartillas de estudio y trabajo publicadas por la Conferencia Episcopal Argentina. El amor al que alude el episcopado es «casto»: cuando el varón y la mujer heterosexuales (las únicas identidades «normales») se unen en matrimonio y «en una sola carne» se produce la generación de una nueva vida. Todo ejercicio de la sexualidad genital está en el orden del pecado. Se trata de un abordaje que enfatiza las cuestiones vinculares y éticas que sustentan las expresiones de la sexualidad y, con frecuencia, las encara desde una perspectiva que retorna a los sistemas normativos (el «deber ser») antes que a los sentimientos y experiencias

reales de los/as jóvenes. Este modelo comparte con otros el supuesto de que la sexualidad se expresa centralmente en la genitalidad, poniendo especial énfasis en su control mediante la abstinencia, y su sentido moralizante tiende a concebir como «anormal» o abiertamente despreciable cualquier vínculo social o identidad que no responda al binarismo considerado natural.

Esta perspectiva, parcial en términos sustantivos, resulta contradictoria con la vocación universalizante de la escuela. Las leyes nacionales e internacionales respecto de los derechos de niños/as y jóvenes a recibir información brindan un marco común de ciudadanía que ningún proyecto educativo puede omitir, aun aquellos de las escuelas privadas confesionales que, si bien tienen derecho a explicitar su ideario, no pueden no trabajar sobre la totalidad de los contenidos que la ley establece.

Las presiones se realizaron y realizan, en general, a nivel local en cada Estado provincial, buscando que ese enfoque sea el vigente en la escuela pública de gestión estatal. Y por tratarse de un país federal en el cual la conducción política de la educación está en cada provincia, y con fuertes diferencias culturales internas, estas presiones corren suerte según el grado de tradicionalismo de las gestiones políticas y de las comunidades: en algunas provincias la ley aún es letra muerta.

Entendemos que el discurso de los derechos sexuales y reproductivos desde la perspectiva de género que el programa nacional perfiló para la ESI es sin duda alguna el enfoque emergente más complejizador al que se haya arribado en la academia y en las políticas públicas en temas de sexualidades. Un enfoque ético en que se propone que cada sujeto se vincule consigo mismx y con lxs demás en tanto «sujeto de derecho y sujeto de deseo», habilita la escucha de nuevas voces y la construcción colectiva de nuevas respuestas.

La ESI, además, es un proyecto clave para que la escuela secundaria se potencie con nuevos sentidos: la demanda de ESI desde los centros de estudiantes lo demuestra.

Visiones juveniles frente a la ESI

Nuestras investigaciones (con sede en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires) permiten tensar desde otra perspectiva las limitaciones identificadas en los diferentes enfoques y perspectivas en disputa en las políticas y los proyectos de educación sexual.

Caracterizando en términos generales las visiones juveniles (estudiantes de 1º y de 4º año de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires), podríamos anticipar que la incorporación de temáticas relacionadas con la sexualidad es deseada y bienvenida por lxs estudiantes, quienes, en principio, adhieren también a la visión biomédica de la «prevención de enfermedades» como sentido final de la política de educación sexual. Cuando la indagación promueve una profundización, se abre también un conjunto de interrogantes, de contradicciones y, sobre todo, de deseos de saber.

- En los primeros años de escolarización secundaria, lxs adolescentes y jóvenes sostienen la mirada biomédica hegemónica; no obstante, a lo largo de la experiencia vital y escolar, van construyendo una mirada complejizadora de los aspectos vinculados con la sexualidad.
- Lxs adolescentes y jóvenes subrayan la ausencia de espacios escolares en los cuales se trabaje sobre cuestiones afectivas, vinculares o culturales; en particular cuando los sentimientos personales se contraponen a los mandatos sociales, entre otros:
 - la presión sobre el debut sexual para demostrar virilidad en los varones;

- la presión por mostrarse enamoradas en las chicas cuando reconocen las contradicciones intrínsecas al «amor romántico» -sobre todo el doble estándar de género-;
- la presión homofóbica que impide la expresión plena de las diversas orientaciones sexuales aun en un marco «políticamente correcto» que termina por esconder los prejuicios y, a la vez, las posibilidades de revisarlos y cuestionarlos;
- la presión de saber que «hay chicas que abortan»;
- la presión de las modas consumistas a videografiar relaciones íntimas y exponerse en la web;
- la presión consumista, en los bares y fiestas, de productos estimulantes;
- la presión de los mandatos de la delgadez y la belleza, etcétera.

Estas contradicciones suelen producir diferentes emociones inquietantes, y eventualmente dolorosas, que suelen tramitarse entre pares, pero suelen resolverse en el sentido más estereotipado y, solo en casos extremos, reciben atención adulta o profesional.

- En general lxs adolescentes y jóvenes reconocen que las experiencias sexuales se vinculan con la curiosidad y la búsqueda del placer y prácticamente no consideran que la abstinencia sea una opción real en los vínculos interpersonales, llegando inclusive a considerar que el placer y el amor no necesariamente van acompañados, aunque, también en general, y sobre todo entre las mujeres, suelen valorar a la relación sexual genital como una profundización de una relación amorosa.

Lxs adolescentes y jóvenes conocen o han experimentado episodios de violencia de género o familiar, conocen casos de embarazos no deseados que culminan en abortos (prohibidos en la Argentina) o a jóvenes madres que quedan solas en el cuidado y atención infantil. [N. de Intervención: desde el 24 de enero de 2021, a partir de la entrada en vigor de la ley para el Acceso a la Interrupción Voluntaria del Embarazo, el aborto dejó de estar prohibido en la Argentina]

- Si bien tienden a interpretar estos conflictos como «problemas individuales», y cuando el caso es muy cercano moderan sus visiones condenatorias, tienden también a demandar espacios de tratamiento grupal para estas cuestiones.
- Lxs profesores y profesoras no parecen referentes de confianza para abordar estas cuestiones porque, aun cuando no debieran abordar la intimidad o los problemas personales, los espacios pueden generar información usada en forma discriminatoria. En síntesis, desconfían de que el dispositivo escolar sea un espacio adecuado y cuidado para habilitar un tratamiento en profundidad de temas de fuerte implicancia individual.

Es evidente que los intereses y sentidos que las visiones juveniles permiten esbozar abren múltiples cuestiones que no se resuelven solamente con «una clase» ni con un «buzón de preguntas». Y está claro también que muchas de estas cuestiones parten de una preocupación individual, pero tienen raíces y tradiciones históricas, culturales, económicas que, tal como la ley de ESI establece, interpelan a todxs lxs integrantes de la escuela, en todas las materias y todas las funciones haciéndose cargo de que la educación es sexuada y que la dirección hacia donde queremos conducirla es la de la justicia social.

Avances del Programa Nacional de ESI y preocupantes señales de desmantelamiento

¿Qué contenidos y qué enfoques adoptar, entonces, en un proyecto que se haga cargo de que en la escuela hablar de sexualidades es mucho más que estudiar el funcionamiento y los riesgos de la genitalidad?

Los desarrollos desde la teoría de género han planteado un giro epistemológico que, más allá de cuestiones «sumativas», definen los modos de incorporación en el currículum: básicamente, la incorporación de una mirada transversal en todas las áreas del currículum, acompañada de la denuncia del androcentrismo y etnocentrismo en los modos de construcción y validación del conocimiento. En otras palabras, los temas «clásicos» desde un enfoque crítico de los estereotipos sobre las diversas experiencias humanas, y «nuevos» temas frente a las omisiones y los silencios.

Pero no es suficiente con la crítica de los procesos de construcción y selección de los saberes a trabajar en las aulas. Desde el movimiento de mujeres, a través de la pedagogía de la diferencia y su versión angloamericana de la pedagogía feminista, y también desde los movimientos de la educación popular latinoamericanos, se iluminó otra dimensión de la cuestión: el problema de la educación reside fundamentalmente en el proceso de enseñanza y aprendizaje. Antes que enfatizar el androcentrismo, sexismo o etnocentrismo de los saberes prescriptos, que reconocen pero consideran poco modificables en lo inmediato, su foco está colocado en el nivel del aula y las formas de la enseñanza, que también la ESI apunta a revisar. Esto implica necesariamente también la resignificación de la propia profesión docente, en la que las significaciones de género se encuentran fuertemente naturalizadas.

Así, al pensar la cuestión curricular, el programa feminista apunta a discutir tanto las «fuentes del currículum» como sus

sucesivas recontextualizaciones hasta llegar a los procesos cotidianos de las aulas en las que se enseña y se aprende. Este proyecto tiene al sector docente como protagonista principal; pero las materias que integran el currículum de la formación docente tienen sus fuentes académicas en disciplinas de base consolidadas que solo recientemente, y de manera desparramada, tienden a incorporar la perspectiva de género de manera integral y, por otra parte, no puede dejarse de lado la implicancia afectiva de las cuestiones de género y las sexualidades, tanto para lxs profesores/as como para lxs estudiantes.

Los propósitos del Programa Nacional de ESI, establecido en la ley y desarrollado desde 2009, tienden básicamente a completar esos huecos en la formación docente mediante encuentros presenciales, cursos virtuales, una vasta y rica producción de materiales de apoyo y, sobre todo, la construcción de una «mística» indispensable para un proyecto de largo aliento y fuerte sentido transformador.

La ESI encara el desafío de pensar las fronteras de la pedagogía visibilizando los afectos y los cuerpos sexuales que los contienen. Y también enfrenta las limitaciones del propio dispositivo escolar que no solamente obturan el abordaje de las cuestiones de género y sexualidades sino que inciden, en general, en el silenciamiento de los saberes no académicos, de las dudas e incertidumbres de estudiantes y docentes y, en general, de toda pregunta que no tenga una respuesta cerrada.

La tensión que implica «sexuar» a la educación llevará también a un fuerte cambio de la escuela... que seguramente habrá cambiado algo para albergar a los cuerpos sexuales sin silenciarlos.

No obstante, la posibilidad de abordaje de las tensiones, contradicciones y vacancias que hemos señalado, propias de una iniciativa que recuperó la producción académica y política de universidades y movimientos y se articuló en un

proyecto de inclusión educativa con calidad, tiene hoy un «pronóstico reservado».

La política educativa del gobierno nacional hace peligrar los avances del Programa Nacional de Educación Sexual Integral en al menos tres aspectos.

Por una parte, con la reducción general de los proyectos gestionados desde el ministerio nacional y la descentralización de las asistencias técnicas, es evidente que la fuerza instituyente que cualquier proyecto tiene al ser impulsado y gestionado desde «Nación» se puede perder frente a las políticas y los intereses adversos a la ESI.

Por otra parte, la reducción del presupuesto del mismo programa acarrea menos posibilidades de elaboración de materiales (cuadernillos, láminas, etc.) así como de cupos para los cursos virtuales (16.000 en 2015, 2.000 en 2017) restando apoyo a lxs docentes que encaran en su práctica cotidiana la transversalización de la ESI.

Por último, y más alarmante, parece que las cuestiones de género y derechos no integran las prioridades del gobierno nacional; el Consejo Nacional de las Mujeres ha firmado convenios con numerosas instituciones, pero en el presupuesto tampoco aparece y las situaciones de acoso y violencia de género tienen cada vez más escasos referentes institucionales de acompañamiento y contención. Fuerte contradicción para los tiempos que corren.

«Sin educación Sexual Integral no hay #NiUnaMenos», dice el lema del Frente Popular por la ESI.

Me parece que es así.

Graciela Morgade, «Género y escuela secundaria. Políticas implementadas y desafíos pendientes», en *Voces en el Fénix. La revista del Plan Fénix*, año 8, nº 62, 6 de enero de 2017, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas (UBA), pp. 102-109. Disponible en: <https://tinyurl.com/ayfs3dj9> [consulta: 27 de diciembre de 2024]

Y, en efecto, el animal acosado por los gritos y sobre todo por dos picanas agudas que le espoleaban la cola, sintiendo flojo el lazo, arremetió bufando a la puerta, lanzando a entrambos lados una rojiza y fosfórica mirada. Diole el tirón el enlazador sentando su caballo, desprendió el lazo del asta, crujió por el aire un áspero zumbido, y al mismo tiempo se vio rodar desde lo alto de una horqueta del corral, como si un golpe de hacha la hubiese dividido a cercén, una cabeza de niño, cuyo tronco permaneció inmóvil sobre su caballo de palo, lanzando por cada arteria un largo chorro de sangre.

–¡Se cortó el lazo! –gritaron unos–. ¡Allá va el toro!

Pero otros, deslumbrados y atónitos, guardaron silencio porque todo fue como un relámpago.

Desparramose un tanto el grupo de la puerta. Una parte se agolpó sobre la cabeza y el cadáver palpitante del muchacho degollado por el lazo, manifestando horror en su atónito semblante, y la otra parte, compuesta de jinetes que no vieron la catástrofe, se escurrió en distintas direcciones en pos del toro, vociferando y gritando:

–¡Allá va el toro! ¡Atajen! ¡Guarda!

–¡Enlaza, Sietepelos!

–¡Que te agarra, Botija!

–Va furioso; no se le pongan delante.

–¡Ataja, ataja, morado!

–¡Dele espuela al mancarrón!

–¡Ya se metió en la calle Sola!

–¡Que lo ataje el diablo!

El tropel y vocería era infernal. Unas cuantas negras achuradoras, sentadas en hilera al borde del zanjón, oyendo el tumulto se acogieron y agazaparon entre las panzas y tripas que desenredaban y devanaban con la paciencia de Penélope, lo que sin duda las salvó, porque el animal lanzó al mirarlas un bufido aterrador, dio un brinco sesgado y siguió

adelante perseguido por los jinetes. Cuentan que una de ellas se fue de cámaras; otra rezó diez salves en dos minutos, y dos prometieron a san Benito no volver jamás a aquellos malditos corrales y abandonar el oficio de achuradoras. No se sabe si cumplieron la promesa.

El toro entre tanto tomó hacia la ciudad por una larga y angosta calle que parte de la punta más aguda del rectángulo anteriormente descrito, calle encerrada por una zanja y un cerco de tunas, que llaman Sola por no tener más de dos casas laterales, y en cuyo apozado centro había un profundo pantano que tomaba de zanja a zanja. Cierta vez, de vuelta de su saladero vadeaba este pantano a la sazón, paso a paso, en un caballo algo arisco, y, sin duda, iba tan absorto en sus cálculos que no oyó el tropel de jinetes ni la gritería sino cuando el toro arremetía al pantano. Azorose de repente su caballo dando un brinco al sesgo y echó a correr dejando al pobre hombre hundido media vara en el fango. Este accidente, sin embargo, no detuvo ni refrenó la carrera de los perseguidores del toro, antes al contrario, soltando carcajadas sarcásticas: «¡Se amoló el gringo; levántate, gringo!», exclamaron y cruzaron el pantano, amasando con barro bajo las patas de sus caballos su miserable cuerpo. Salió el gringo, como pudo, después, a la orilla, más con la apariencia de un demonio tostado por las llamas del infierno que de un hombre blanco pelirrojo. Más adelante, al grito de ¡al toro!, cuatro negras achuradoras que se retiraban con su presa se zambulleron en la zanja llena de agua, único refugio que les quedaba.

Lo bueno de lo malo

La retórica describe una estrategia que consiste en volver positivos los aspectos negativos que pudiera identificar en nosotrxs quien se nos opone en una discusión. La retorsión, que así se llama, consiste entonces en hacer -discursivamente- de un defecto, una virtud.

Piense detenidamente en las características negativas que pudieran atribuírsele.

Lístelas.

Para cada una de ellas encuentre la manera de volverla una peculiaridad simpática, provechosa, eficaz, útil para la humanidad.

Escríbalas y memorícelas para la próxima discusión.

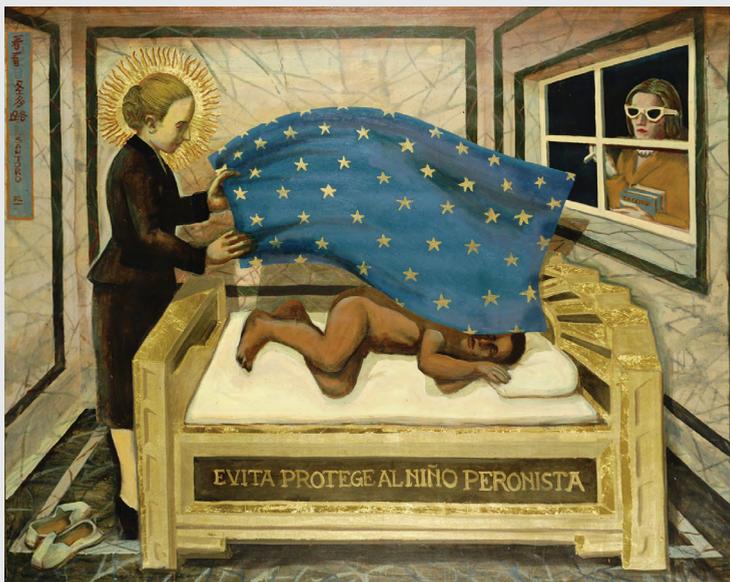
Destruya el papel en el que las escribió y/o borre todo vestigio de este ejercicio de la pantalla.

El animal, entre tanto, después de haber corrido unas veinte cuadras en distintas direcciones, azorando con su presencia a todo viviente, se metió por la tranquera de una quinta, donde halló su perdición. Aunque cansado, manifestaba bríos y colérico ceño; pero rodeábanlo una zanja profunda y un tupido cerco de pitas, y no había escape. Juntáronse luego sus perseguidores, que se hallaban desbandados, y resolvieron llevarlo en un señuelo de bueyes para que espíase su atentado en el lugar mismo donde lo había cometido.

Una hora después de su fuga, el toro estaba otra vez en el matadero, donde la poca chusma que había quedado no hablaba sino de sus fechorías. La aventura del gringo en el pantano excitaba principalmente la risa y el sarcasmo.

**Del niño degollado por el lazo
no quedaba sino un charco
de sangre: su cadáver estaba en
el cementerio.**

El niño



Daniel Santoro, «Evita protege al niño peronista», en íd., *Manual del niño peronista*, Buenos Aires, La marca editora, 2002.

Enlazaron muy luego por las astas al animal, que brincaba haciendo hincapié y lanzando roncós bramidos. Echáronle uno, dos, tres piales, pero infructuosos; al cuarto quedó prendido de una pata; su brío y su furia redoblaron; su lengua, estirándose convulsiva, arrojaba espuma, su nariz, humo, sus ojos, miradas encendidas.

—¡Desjarreten ese animal! —exclamó una voz imperiosa. Matasiete se tiró al punto del caballo, cortole el garrón de una cuchillada y, gambeteando en torno de él con su enorme daga en mano, se la hundió al cabo hasta el puño en la garganta, mostrándola en seguida humeante y roja a los espectadores. Brotó un torrente de la herida, exhaló algunos bramidos roncós, vaciló y cayó el soberbio animal entre los gritos de la chusma que proclamaba a Matasiete vencedor y le adjudicaba en premio el matambre. Matasiete extendió, como orgulloso, por segunda vez el brazo y el cuchillo ensangrentado, y se agachó a desollarle con otros compañeros.

Faltaba resolver la duda sobre los órganos genitales del muerto, clasificado provisoriamente de toro por su indomable fiereza, pero estaban todos tan fatigados de la larga tarea que la echaron por lo pronto en olvido. Mas de repente una voz ruda exclamó:

—¡Aquí están los huevos! —sacando de la barriga del animal y mostrando a los espectadores dos enormes testículos, signo inequívoco de su dignidad de toro. La risa y la charla fueron grandes; todos los incidentes desgraciados pudieron fácilmente explicarse. Un toro en el matadero era cosa muy rara, y aun vedada. Aquel, según reglas de buena policía, debió arrojarse a los perros; pero había tanta escasez de carne y tantos hambrientos en la población que el señor Juez tuvo a bien hacer ojo lerdo.

En dos por tres estuvo desollado, descuartizado y colgado en la carreta el maldito toro. Matasiete colocó el matambre bajo el pellón de su recado y se preparaba a partir.

La matanza estaba concluida a las doce, y la poca chusma que había presenciado hasta el fin se retiraba en grupos de a pie y de a caballo, o tirando a la cincha algunas carretas cargadas de carne.

Mas de repente la ronca voz de un carnicero gritó:

–¡Allí viene un unitario! –Y al oír tan significativa palabra toda aquella chusma se detuvo como herida de una impresión subitánea.



Pescado frito

Seleccione mentalmente un contrincante. Unx que sea de su tamaño. Describa sus debilidades. Propóngase violentarlo mediante agresiones verbales que den directamente en el blanco pero de maneras sutiles o metafóricas.

–¿No le ven la patilla en forma de U? No trae divisa en el fraque ni luto en el sombrero.

–Perro unitario.

–Es un cajetilla.

–Monta en silla como los gringos.

–La Mazorca con él.

–¡La tijera!

–Es preciso sobarlo.

–Trae pistolerías por pintar.

–Todos estos cajetillas unitarios son pintores como el diablo.

–¿A que no te le animas, Matasiete?

–¿A que no?

–A que sí.

Poema 21

Que los ruidos te perforen los dientes, como una lima de dentista, y la memoria se te llene de herrumbre, de olores descompuestos y de palabras rotas.

Que te crezca, en cada uno de los poros, una pata de araña; que solo puedas alimentarte de barajas usadas y que el sueño te reduzca, como una aplanadora, al espesor de tu retrato.

Que al salir a la calle, hasta los faroles te corran a patadas; que un fanatismo irresistible te obligue a prosternarte ante los tachos de basura y que todos los habitantes de la ciudad te confundan con un meadero.

Que cuando quieras decir: «Mi amor», digas: «Pescado frito»; que tus manos intenten estrangularte a cada rato, y que en vez de tirar el cigarrillo, seas tú el que te arrojes en las salivaderas.

Que tu mujer te engañe hasta con los buzones; que al acostarse junto a ti, se metamorfosee en sanguijuela, y que después de parir un cuervo, alumbre una llave inglesa.

Que tu familia se divierta en deformarte el esqueleto, para que los espejos, al mirarte, se suiciden de repugnancia; que tu único entretenimiento consista en instalarte en la sala de espera de los dentistas, disfrazado de cocodrilo, y que te enamores, tan locamente, de una caja de hierro, que no puedas dejar, ni un solo instante, de lamerle la cerradura.

Oliverio Girondo, «Poema 21» (1932), en id., *Obras. Poesía*, Buenos Aires, Losada, 1998.

Matasiete era hombre de pocas palabras y de mucha acción. Tratándose de violencia, de agilidad, de destreza en el hacha, el cuchillo o el caballo, no hablaba y obraba. Lo habían picado: prendió la espuela a su caballo y se lanzó a brida suelta al encuentro del unitario.

Era este un joven como de veinticinco años, de gallarda y bien apuesta persona que, mientras salían en borbotón de aquellas desaforadas bocas las anteriores exclamaciones, trotaba hacia Barracas, muy ajeno de temer peligro alguno. Notando, empero, las significativas miradas de aquel grupo de dogos de matadero, echa maquinalmente la diestra sobre las pistoleras de su silla inglesa, cuando una pechada al sesgo del caballo de Matasiete lo arroja de los lomos del suyo tendiéndolo a la distancia boca arriba y sin movimiento alguno.

—¡Viva Matasiete! —exclamó toda aquella chusma cayendo en tropel sobre la víctima como los caranchos rapaces sobre la osamenta de un buey devorado por el tigre.

Atolondrado todavía, el joven fue, lanzando una mirada de fuego sobre aquellos hombres feroces, hacia su caballo que permanecía inmóvil no muy distante, a buscar en sus pistolas el desagravio y la venganza. Matasiete dando un salto le salió al encuentro, y con fornido brazo asiéndolo de la corbata lo tendió en el suelo tirando al mismo tiempo la daga de la cintura y llevándola a su garganta.

Una tremenda carcajada y un nuevo viva estentóreo volvió a victorearlo.

¡Qué nobleza de alma! ¡Qué bravura en los federales! Siempre en pandilla cayendo como buitres sobre la víctima inerte.

—Degüéllalo, Matasiete, quiso sacar las pistolas. Degüéllalo como al toro.

—Pícaro unitario. Es preciso tusarlo.

—Tiene buen pescuezo para el violín.

—Tócale el violín.

–Mejor es la resbalosa.

–Probemos –dijo Matasiete, y empezó sonriendo a pasar el filo de su daga por la garganta del caído, mientras con la rodilla izquierda le comprimía el pecho y con la siniestra mano le sujetaba por los cabellos.

–No, no le degüellen –exclamó de lejos la voz imponente del Juez del matadero, que se acercaba a caballo.

–A la casilla con él, a la casilla. Preparen la mazorca y las tijeras. ¡Mueran los salvajes unitarios! ¡Viva el Restaurador de las leyes!

–Viva Matasiete.

–¡Mueran! ¡Vivan! –repitieron en coro los espectadores y, atándolo codo con codo, entre moquetes y tirones, entre vociferaciones e injurias, arrastraron al infeliz joven al banco del tormento como los sayones al Cristo.

La sala de la casilla tenía en su centro una grande y fornida mesa de la cual no salían los vasos de bebida y los naipes sino para dar lugar a las ejecuciones y torturas de los sayones federales del matadero. Notábase además, en un rincón, otra mesa chica con recado de escribir y un cuaderno de apuntes y porción de sillas entre las que resaltaba un sillón de brazos destinado para el Juez. Un hombre, soldado en apariencia, sentado en una de ellas, cantaba al son de la guitarra la resbalosa, tonada de inmensa popularidad entre los federales, cuando la chusma, llegando en tropel al corredor de la casilla, lanzó a empujones al joven unitario hacia el centro de la sala.

–A ti te toca la resbalosa –gritó uno.

–Encomienda tu alma al diablo.

–Está furioso como toro montaraz.

–Ya le amansará el palo.

–Es preciso sobarlo.

–Por ahora verga y tijera.

–Si no, la vela.

–Mejor será la mazorca.

-Silencio y sentarse -exclamó el Juez, dejándose caer sobre su sillón. Todos obedecieron, mientras el joven, de pie, encarando al Juez, exclamó con voz preñada de indignación:

-¡Infames sayones!, ¿qué intentan hacer de mí?

-¡Calma! -dijo sonriendo el Juez-, no hay que encolerizarse. Ya lo verás.

El joven, en efecto, estaba fuera de sí de cólera. Todo su cuerpo parecía estar en convulsión. Su pálido y amoratado rostro, su voz, su labio trémulo mostraban el movimiento convulsivo de su corazón, la agitación de sus nervios. Sus ojos de fuego parecían salirse de la órbita, su negro y lacio cabello se levantaba erizado. Su cuello desnudo y la pechera de su camisa dejaban entrever el latido violento de sus arterias y la respiración anhelante de sus pulmones.

-¿Tiemblas? -le dijo el Juez.

-De rabia, porque no puedo sofocarte entre mis brazos.

-¿Tendrías fuerza y valor para eso?

-Tengo de sobra voluntad y coraje para ti, infame.

-A ver las tijeras de tusar mi caballo, túsenlo a la federala.

Vos fijate

Busque en su memoria una situación conflictiva en la que -veladamente- usted haya amenazado a alguien o en la que haya sido amenazadx por alguien. Nárrela por escrito y asegúrese de que las palabras finales de la anécdota sean «Vos fijate».

Dos hombres le asieron, uno de la ligadura del brazo, otro de la cabeza, y en un minuto cortáronle la patilla que poblaba toda su barba por bajo, con risa estrepitosa de sus espectadores.

–A ver –dijo el Juez–, un vaso de agua para que se refresque.

–Uno de hiel te haría yo beber, infame.

Un negro petiso púsosele al punto delante con un vaso de agua en la mano. Dióle el joven un puntapié en el brazo y el vaso fue a estrellarse en el techo, salpicando el asombrado rostro de los espectadores.

–Este es incorregible.

–Ya lo domaremos.

–Silencio –dijo el Juez–, ya estás afeitado a la federala, solo te falta el bigote. Cuidado con olvidarlo. Ahora vamos a cuentas. ¿Por qué no traes divisa?

–Porque no quiero.

Una máquina de hacer y difundir ideas: la imprenta del PRT-ERP en Córdoba

La tarde del domingo 23 de febrero, después de una reunión con lxs compañerxs Selene y Martín, pasamos a conocer lo que fue la mayor imprenta clandestina del PRT-ERP, ubicada en Fructuoso Rivera 1035 del barrio Observatorio de Córdoba Capital, a pocas cuadras de la casa de Martín. Tuvimos la dicha de que se encontrara en ese momento Carlos «el Vasco» Orzaocoa, quien nos permitió ingresar para contarnos en primera persona lo sucedido allí.

En esta casa estilo *art nouveau* de los años treinta, conocida popularmente como casa chorizo, funcionó desde 1974 y hasta 1976 la que fuera la imprenta clandestina más importante del país en combatir a la última dictadura, perteneciente al Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y a su brazo militar, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Instalada en un subsuelo de 8 metros de profundidad por 17 metros de largo y 4 metros de ancho, construida por militantes de la organización conjuntamente con tupamaros uruguayos¹ y mineros potosinos del Cerro Rico, imprimía entre 70.000 y 120.000 ejemplares mensuales de los periódicos *El Combatiente* y *Estrella Roja*, junto a libros de historia, economía, poesía y material del pensamiento revolucionario. Contaba con dos impresoras Cabrenta, dos Rotaprints, laboratorio de fotocomposición y una guillotina Krausse, equipamiento altamente sofisticado para la época. Abastecía a Córdoba y a todo el norte argentino.

1 El 6 de septiembre de 1971, se fugaron, por un túnel socavado de 44 metros, 106 presos políticos pertenecientes al Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros y 5 presos comunes del Penal de Punta Carretas de Uruguay. Entre ellos se encontraba José «Pepe» Mujica.

Habitantes simuladorxs y subterránexs

La casa-imprenta se encontraba habitada por Victoria «la Gorda» Abdonur y Héctor «el Negro» Martínez junto a sus tres hijxs: Walter, Laura y César. Ante lxs vecinxs del barrio simulaban ser una familia tipo cuya casa, de su propiedad, contaba con un taller de herrería en el fondo del patio. «Héctor había sido empleado en la Fiat –señala el Vasco–. Lo habían despedido en las huelgas del 72, tenía una camioneta Ford F-100. Ese vehículo fue clave en la construcción.» En su caja cubierta, «cada atardecer trasladaban la tierra que iban socavando y la tiraban en el río (Suquía), en las nacientes de La Cañada, que queda cerca. Ahí también traían a los trabajadores que se quedaban seis días a la semana en la casa a lo largo de un año, viajaban vendados para que no supieran la ubicación exacta». Mientras que Victoria «era reconocida en el barrio como una ama de casa dedicada a las tareas del cuidado de su familia. Salía con frecuencia a barrer la vereda, a conversar con las vecinas, a hacer las compras, a la peluquería», nos cuenta «el Vasco».

Lxs encargadxs de la imprenta eran Miguel Ángel «el Picante» Barberis y Matilde «la Negra» Sánchez, quienes trabajaban jornada completa en el subterráneo, entre el amor y la clandestinidad. Orzaocoa recuerda: «Cuando arrancamos con las máquinas hubo un técnico que le dio instrucción al “Picante” para que manejara las máquinas. Era un pibe muy gracioso, muy ocurrente, por eso lo de Picante. Rubito, ojos claros, 19 años. Era muy responsable y hacía muy bien su trabajo. Tenía que mantener el secreto a rajatabla. No se lo podía contar ni a su sombra. Pero andaba tristón. Una noche subió a cenar, y nos dijo que se sentía muy solo. Que necesitaba tener una novia. ¿Ma’ qué novia si estás en una imprenta clandestina? La organización era muy estricta, no se podía correr riesgos, vivir la militancia en esos tiempos no

era fácil, era cuestión de vida o muerte, pero vos sabés que la gente se enamora y no hay caso. El tipo era tan correcto, también. Un pibe muy formado, muy lector. Clásicos, marxismo, Mariátegui, los textos del Che... Él sabía que a partir de su tarea no podía ni ir al cine, ni a un acto político, y mucho menos a una de las peñas folclóricas donde íbamos los demás que teníamos trabajos afuera. Militancia de superficie. Así que ante el planteo de que necesitaba novia, hubo una reunión y se le dio un trabajo de enlace con una compañera para que, una vez cada quince días, se reunieran a analizar las editoriales de las revistas. Ahí fue cuando apareció Matilde Sánchez. [...] Se había enamorado con solo verla. Matilde era una morocha alta, una morocha argentina de esas imponentes. Andaba en una nube. Aunque parezca mentira, muchos de nosotros no habíamos hecho el amor hasta pasados los veinte años».²

El golpe final

El 10 de julio de 1976 alguien le avisó a Victoria que la casa había sido «cantada». Dos días después la imprenta fue allanada por el Grupo de Artillería Aerotransportada 4 del Tercer Cuerpo del Ejército, a cargo del teniente coronel Carlos Alfredo Carpani Costa. Todxs lxs habitantes lograron escapar. Días después, el 19 de julio, caía la conducción del PRT-ERP en Villa Martelli, Provincia de Buenos Aires, y eran asesinadxs y desaparecidxs Mario Roberto Santucho, Liliana Delfino, Benito Urteaga y Ana María Lanzilotto por un grupo de tareas a cargo del capitán del Ejército Juan Carlos Leonetti.

2 Testimonio de Carlos Orzaocoa en: Marta Platía, «Días y noches de amor y de imprenta», en *Página/12*, 23 de febrero de 2020.

El 22 de mayo de 1977, en Moreno, Provincia de Buenos Aires, asesinaron a Héctor y se llevaron aún viva a Victoria, que para evitar que se robaran o mataran a lxs chicxs salió envuelta en una sábana blanca a modo de rendición, y se entregó. Walter recuerda que su mamá, aun cuando le pusieron un arma en la cabeza, le repetía la dirección de su hermana Maruca, «la tía Maruca», en Córdoba. La misma «patota» secuestró a Miguel Ángel y a Matilde. Todxs fueron detenidxs en Campo de Mayo, aún permanecen desaparecidxs. Héctor tenía 39 años, Victoria 40, Miguel Ángel 21 y Matilde 27.

La casa operativa del PRT-ERP de barrio Observatorio, por la que alguna vez pasara Vicky Walsh, la hija desaparecida de Rodolfo, fue convertida en una «ratonera» durante los meses posteriores al allanamiento, es decir en un centro clandestino de detención y tortura transitorio. En 1979, el juez Federal Miguel Puga³ otorgó el inmueble a un empleado de Tribunales llamado Héctor Varela, cuyos familiares vivieron hasta 2019, falsificando una escritura a nombre de una mujer fallecida en 1973.

Abrir las puertas de la Memoria al pueblo

Tras quince años de reclamos y litigios judiciales, y con el mismo «Vasco» Orzaocoa como abogado al frente de las negociaciones, la casa vuelve a sus verdaderos herederos, lxs hijxs de Héctor y Victoria, y con ellxs se reabre la puerta de la casa-imprenta al pueblo para convertirse en un futuro

3 El ex juez Puga fue juzgado y condenado en el llamado «Juicio a los magistrados», en noviembre de 2017, por los fusilamientos de 31 presxs políticxs a cargo del Poder Ejecutivo Nacional en la Unidad Penal 1, la Cárcel de Barrio San Martín (Córdoba), en 1976.

próximo en Espacio de la Memoria. Llevará el mismo nombre que en aquellos años setenta: Imprenta del Pueblo «Roberto Matthews», en referencia al joven militante «Carlitos», que fue asesinado mientras repartía revistas de la organización a principios de 1975. «Lo convertiremos en un Centro Cultural, un Centro de la Memoria, donde el pueblo de Córdoba pueda ver un lugar que durante la dictadura militar sirvió de imprenta clandestina, donde compañerxs quisieron allí dar la lucha de ideas porque era una imprenta para imprimir periódicos, libros sobre historia y economía argentina. Lo que no se podía hacer legalmente porque la dictadura militar lo impedía, allí se trató de hacer clandestinamente para que la batalla de ideas se mantuviera. Entendemos que tiene que ser una casa de puertas abiertas para todo aquel que quiera refrescar un poco la memoria», le cuenta Orzaocoa a *La Tinta*.⁴

Es la tardecita del domingo 23 de febrero, en la ciudad de Córdoba hay un viento suave y cálido del norte que mueve las hojas de la higuera del fondo del patio y los cabellos del «Vasco», blanqueados por la lucha y el tiempo. Martín le comenta que es hijo de desaparecido. Su padre, Daniel Martín Angerosa, era médico⁵ y fue secuestrado en Plaza de las Banderas, en Santa Fe, el 17 de febrero de 1976.

4 Testimonio de Carlos Orzaocoa en: «La imprenta clandestina del PRT-ERP vuelve al pueblo cordobés», en *La Tinta*, 27 de septiembre de 2017. Disponible en: <<https://latinta.com.ar/2017/09/imprenta-clandestina-cordoba-prt-erp/>>.

5 Daniel terminó la carrera de Medicina y tramitó su diploma a comienzos de 1976. Nunca lo pudo retirar ya que fue detenido-desaparecido en febrero de ese año. El 25 de marzo de 2015, el rector de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), Francisco Tamarit, le entregó el título a su hijo, Martín.

Miro a Selene, que escucha sensiblemente y me sonrío, miro las paredes despintadas buscando que me digan algo más sobre todo aquello, me pasó lo mismo en Campo de La Ribera, en La Perla y en la ESMA. Miro la parra que trepa al altillo vieja y romántica por una columna. Miro las estrellas rojas pintadas en la puerta de una habitación que fue usada como sala de tortura. Miro el cielo, pienso en que es la hora justa en la que hace 43 años los militantes del PRT-ERP sacaban las bolsas de tierra en la Ford F-100 amarilla de Héctor para llevarlas al Suquía. Siento que nada de esto es casual porque pocas horas antes, entre mates y criollos, estuvimos en casa de Martín leyendo el dossier pedagógico que reconstruye la vida y militancia de los desaparecidos leonenses Osvaldo Ravasi y Silvio Olmedo, con el objetivo de presentarlo en la Cámara de Diputados del Congreso de la Nación para que pueda ser declarado de interés histórico-cultural. Nada es casualidad porque la lucha aquella y esta nos hermanan, a lxs viejxs y a lxs nuevxs, en una única voz colectiva y diversa que demanda un mundo con mayor justicia social, amor y libertad.

Marcos Ongini, «Una máquina de hacer y difundir ideas: la imprenta del PRT-ERP en Córdoba», en *La ventolera*, 27 febrero de 2020.

–¿No sabes que lo manda el Restaurador?
–La librea es para vosotros, esclavos, no para los hombres libres.
–A los libres se les hace llevar a la fuerza.
–Sí, la fuerza y la violencia bestial. Esas son vuestras armas, infames. El lobo, el tigre, la pantera también son fuertes como vosotros. Deberíais andar como ellos, en cuatro patas.
–¿No temes que el tigre te despedace?
–Lo prefiero a que maniatado me arranquen, como el cuervo, una a una las entrañas.
–¿Por qué no llevas luto en el sombrero por la heroína?
–Porque lo llevo en el corazón por la patria, por la patria que vosotros habéis asesinado, ¡infames!
–¿No sabes que así lo dispuso el Restaurador?
–Lo dispusisteis vosotros, esclavos, para lisonjear el orgullo de vuestro señor y tributarle vasallaje infame.
–¡Insolente! Te has embravecido mucho. Te haré cortar la lengua si chistas.

Sacarse

Determine un objeto o situación intrascendente y banal que por algún motivo le despierte un enojo, una furia, un odio irreprimibles e inmanejables. Despliegue ese motivo en una lista de argumentos que, de alguna manera, justifique para usted esa furia, odio, enojo irreprimibles. Escriba un alegato en contra de ese objeto o situación sabiendo que de todos modos resultará intrascendente y banal.

–Abajo los calzones a ese mentecato cajetilla y a nalga pelada denle verga, bien atado sobre la mesa.

Apenas articuló esto el Juez, cuatro sayones salpicados de sangre suspendieron al joven y lo tendieron largo a largo sobre la mesa comprimiéndole todos sus miembros.

–Primero degollarme que desnudarme, infame canalla.

Atáronle un pañuelo por la boca y empezaron a tiro- near sus vestidos. Encogíase el joven, pateaba, hacía rechinar los dientes. Tomaban ora sus miembros la flexibilidad del junco, ora la dureza del fierro y su espina dorsal era el eje de un movimiento parecido al de la serpiente. Gotas de sudor fluían por su rostro, grandes como perlas; echaban fuego sus pupilas, su boca, espuma, y las venas de su cuello y frente negreaban en relieve sobre su blanco cutis como si estuvieran repletas de sangre.

–Átenlo primero –exclamó el Juez.

–Está rugiendo de rabia –articuló un sayón.

En un momento liaron sus piernas en ángulo a los cuatro pies de la mesa, volcando su cuerpo boca abajo. Era preciso hacer igual operación con las manos, para lo cual soltaron las ataduras que las comprimían en la espalda. Sintiéndolas libres, el joven, por un movimiento brusco en el cual pareció agotarse toda su fuerza y vitalidad, se incorporó primero sobre sus brazos, después sobre sus rodillas, y se desplomó al momento murmurando:

–Primero degollarme que desnudarme, infame canalla.

Sus fuerzas se habían agotado; inmediatamente quedó atado en cruz y empezaron la obra de desnudarlo. Entonces un torrente de sangre brotó borbolloneando de la boca y las narices del joven, y extendiéndose empezó a caer a chorros por entrambos lados de la mesa. Los sayones quedaron inmóviles, y los espectadores, estupefactos.

–Reventó de rabia el salvaje unitario –dijo uno.

–Tenía un río de sangre en las venas –articuló otro.

–Pobre diablo, queríamos únicamente divertirnos con él, y tomó la cosa demasiado a lo serio –exclamó el Juez frunciendo el ceño de tigre–. Es preciso dar parte; desátenlo y vamos.

Verificaron la orden; echaron llave a la puerta y en un momento se escurrió la chusma en pos del caballo del Juez cabizbajo y taciturno.

Los federales habían dado fin a una de sus innumerables proezas.

La síntesis imposible

Del recorrido que aquí concluimos emerge una aparente incongruencia. El gaucho es el emblema nacional, la personificación del «nosotros» argentino. Como tal, nos convoca a la unidad y con ese fin continúa siendo utilizado por el Estado y también por las élites, por los grupos tradicionalistas, por quienes tienen ideas conservadoras o incluso autoritarias. Y no obstante, al mismo tiempo, es un emblema que de mil maneras estimula la rebeldía, proyecta con orgullo la voz plebeya, exalta el poder de los de abajo (sea en este mundo o en el más allá) y nos recuerda constantemente la desunión, el conflicto de clases, el carácter injusto de la ley de los de arriba y lo inadecuado de una narrativa nacional que nos invita a identificarnos con la tradición liberal y con las raigambres blancas y europeas. Como emblema para el pueblo argentino es sencillamente imposible. Y sin embargo, allí está, generando efectos desde hace ya más de un siglo.

[...] Que el emblema gaucho generaba efectos gravosos e incontrolables sobre la cultura argentina es algo que el propio Borges terminaría descubriendo por sus propios medios. En 1974, sin dudas turbado por el regreso del peronismo al poder y por la vena revisionista que acompañó la época, el escritor percibió con claridad que había una conexión secreta entre ese presente y la literatura criollista del cambio de siglo. Desde hacía pocos años, Borges venía insistiendo con la idea de que había sido una calamidad para la Argentina que el *Martín Fierro* hubiese resultado elegido como el gran libro nacional, en vez del *Facundo*, de Sarmiento, en su opinión mucho más propicio para un país que quisiera ser civilizado. Como si Lugones, al proponer al gaucho matrero como arquetipo de la nación, hubiese hecho lugar inadvertidamente a la barbarie que Sarmiento había conjurado, desencadenando consecuencias políticas

constatables décadas más tarde. En su juventud [...] el poema de Hernández y el imaginario gauchesco le habían resultado más que atractivos. Pero la irrupción del peronismo había modificado su visión: para Borges estaba claro que, de haber vivido en 1945, el gaucho Martín Fierro se habría transformado en uno de esos siniestros peronistas. Por eso, evocando en 1974 la fascinación que él mismo había manifestado en su obra temprana por el coraje y por los cuchilleros criollos, lamentó haber contribuido «sin saberlo y sin sospecharlo a esa exaltación de la barbarie que culminó en el culto del gaucho, de Artigas y de Rosas». Para él estaba claro que el culto al gaucho conectaba con una narrativa revisionista y con una cosmovisión antiliberal.

Por supuesto, Borges opinaba desde su propia posición política. Pero en algo podemos estar de acuerdo con él, sea cual fuere la ideología de quien lee estas páginas: el del gaucho es un emblema imposible. O, mejor dicho, no funciona como símbolo de la unidad, sino más bien de la desunión. Síntoma de ello es la inestabilidad de sus sentidos y su enorme ambivalencia política [...] la voz y la figura del gaucho fueron usadas para llamar a la desobediencia tanto como a la subversión, al orden patriarcal tanto como a la rebeldía, a la identificación con las clases altas tradicionales tanto como a la lucha contra ellas. A través de las historias de matreros se invitó a despreciar a los indígenas y a asumir su defensa contra el gringo, y se postuló una Argentina de origen exclusivamente hispánico así como una mestiza y morena. Por último, la figura del gaucho pudo acoplarse bien a las narrativas históricas que propuso el nacionalismo liberal (por caso, cuando se lo exaltó como huésped de San Martín o de Güemes), pero también supo impugnarlas profundamente, cuando animó perspectivas revisionistas. En conclusión, más que algún consenso supuesto acerca de qué somos o debiéramos ser los argentinos, el emblema

gaucho encapsula nuestros desacuerdos y enfrentamientos políticos, de clase, étnicos y raciales (y además los de género, puesto que excluye a las mujeres) [...].

El concepto de etnogénesis suele ser utilizado por los antropólogos para describir ciertas dinámicas de los grupos étnicos, como su formación, la fusión de dos o más, la absorción de uno por otro, en fin, los distintos caminos por los que se crea un *ethnos* o, en términos más sencillos, un pueblo con una identidad definida [...].

[...] En cualquier caso, no es un hecho accidental que quienes habitamos este suelo hayamos adoptado ese emblema tan inverosímil y no otro; no es extraño que nos represente todavía hoy el poema cantado en voz plebeya por un gaucho alzado, violento, perseguido y con una mirada tan crítica respecto del Estado. Por el contrario, ello surge del carácter dislocado e inconcluso del proceso de etnogénesis argentino. De la imposibilidad de arribar a un «nosotros» que, sin embargo, no deja por ello de existir como tal.

El oxímoron contenido en la oración previa es deliberado. Porque puede que el caso argentino sea un ejemplo de etnogénesis particularmente contencioso, pero aun así es comparable con los del resto de América Latina. Como otros espacios periféricos, también la Argentina se vio arrastrada por el torbellino de cambios demográficos, económicos, políticos y culturales que se apilaron de manera desordenada en pocos años, como capas geológicas, por efecto de la conquista española, la violencia interminable contra los indígenas, la importación de mano de obra africana, los mestizajes parciales entre todos los grupos, la independencia, la irrupción de la política plebeya, la construcción de un Estado centralizado, la incorporación a un mercado mundial, la urbanización, la alfabetización, una oleada inmigratoria de proporciones inéditas, la democracia de masas, un clasismo obrero

en especial poderoso y la participación de intercambios intelectuales y de una cultura de masas crecientemente transnacionalizados. No es casual que, emergiendo de esos terremotos superpuestos, la construcción de un «nosotros» resultase conflictiva y disputada.

[...] La Argentina es pletórica en impulsos hacia la unidad, tanto como en otros de signo opuesto, divisivos, a veces autodestructivos, que la enfrentan consigo misma. El «nosotros» argentino existe, tiene una materialidad concreta. No podría no tenerla, en la medida en que vivimos todos en un territorio controlado por el mismo Estado, conformamos una comunidad política y hemos aceptado ese nombre –«argentinos»– y una serie de narrativas y símbolos asociados a él para autodefinirnos. Pero al mismo tiempo, desgarrado por visiones contrapuestas y memorias dramáticas, poblado por sujetos que no terminan de aceptarse unos a otros como miembros de una misma nación, se trata de un «nosotros» que avanza desmembrado, recogiendo algunas de sus partes a veces, rechazándolas otras, martillándolas con violencia para moldearlas de algún modo diferente casi siempre. Incapaz de articular del todo su cuerpo dislocado, el «nosotros» argentino persiste a pesar de todo, acaso animado por la promesa y el deseo de una hermandad sin embargo inalcanzable. El gaucho indómito es el emblema de su existencia y, al mismo tiempo, el índice de las tensiones y fracturas que lo habitan.

Ezequiel Adamovsky, *El gaucho indómito. De Martín Fierro a Perón, el emblema imposible de una nación desgarrada*, colección Hacer Historia, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2019, pp. 207-218.

En aquel tiempo los carniceros degolladores del matadero eran los apóstoles que propagaban a verga y puñal la Federación rosina, y no es difícil imaginarse qué Federación saldría de sus cabezas y cuchillas. Llamaban ellos salvaje unitario, conforme a la jerga inventada por el Restaurador, patrón de la cofradía, a todo el que no era degollador, carnicero, ni salvaje, ni ladrón; a todo hombre decente y de corazón bien puesto, a todo patriota ilustrado amigo de las luces y de la libertad; y por el suceso anterior puede verse a las claras que el foco de la Federación estaba en el matadero.



COLECCIÓN INTERVENCIONES

Edipo rey de Sófocles

Intervenido por Paula Labeur

***El Martín Fierro
de José Hernández***

Intervenido por Gustavo Bombini,
con la colaboración de Sebastián Amaya

El Matadero de Echeverría

Intervenido por Romina Colussi
y Paula Labeur

La colección *Intervenciones* nos propone leer un texto clásico en paralelo a otros discursos contemporáneos que lo interpelan, lo reformulan e invitan a reescribirlo. En *El matadero de Echeverría*, la versión íntegra de ese relato fundacional de la literatura argentina se entremezcla con diferentes voces y registros. Así, junto a los corrales del temible Matasiete y sus matarifes, emergen postales de una manifestación de productores de verdura, páginas de ciencia ficción distópica, estudios sobre la cuestión racial en el país, debates recientes (y muy actuales) sobre la Educación Sexual Integral o un poema que propone reemplazar la expresión «mi amor» por «pescado frito». Las tan temidas grietas de la historia, el idioma y la literatura argentina aquí se transforman en combustible para crear nuevos textos que se balanceen entre lo íntimo y lo colectivo. ¿Cómo sería una cartografía de los lugares donde alguna vez discutimos con alguien? ¿Qué hay de cierto en que la literatura argentina nace con un intento de degüello? ¿Cómo se alimenta el odio desde los discursos? Y, sobre todo, ¿qué puede mostrarnos *El matadero*, un cuento publicado hace más un siglo y medio, acerca de las encrucijadas de nuestra época?

u: unipe
editorial
universitaria

